BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

SERIE la conquista DEL ESPACIO

LOS POLIZONES DE LA MUERTE

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

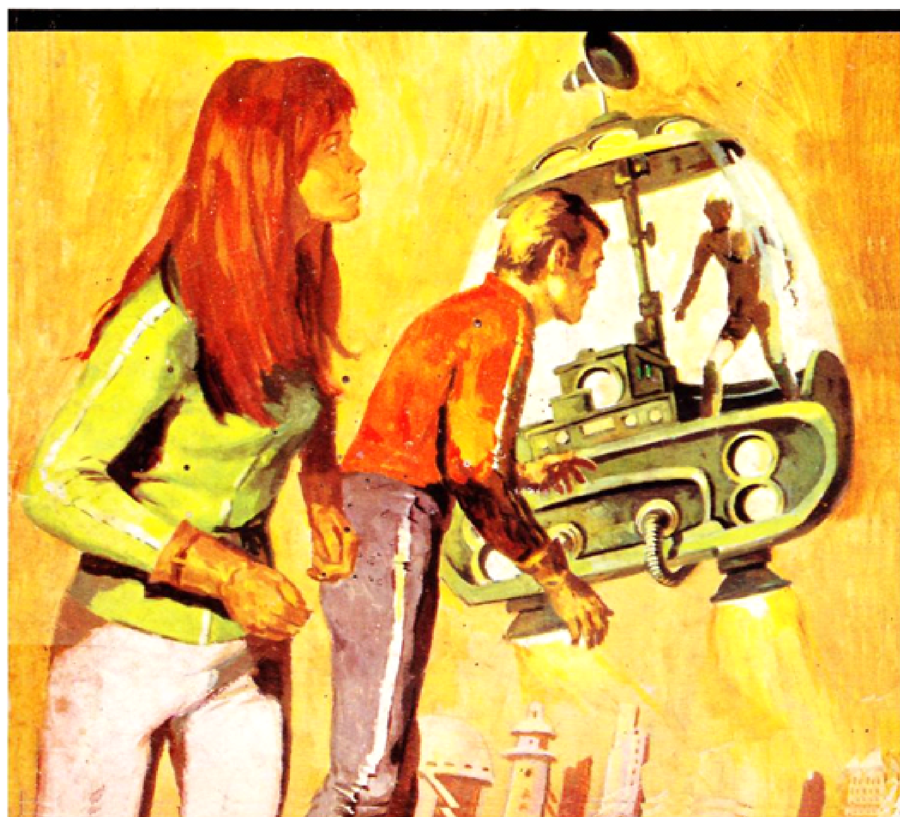
CIENCIA FICCION

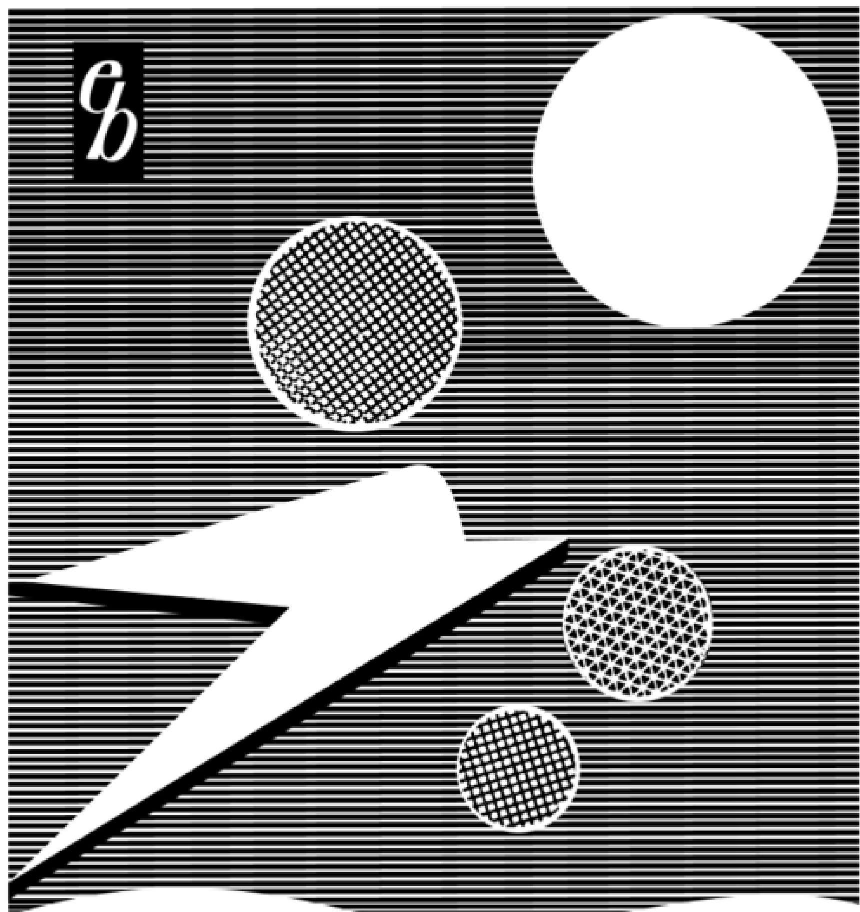
SERIE la conquista DEL ESPACIO

LOS POLIZONES DE LA MUERTE

marcus sidereo

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

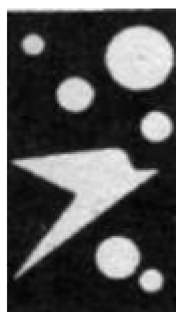
EN ESTA COLECCIÓN

1. — Materia vital, *Clark Carrados*.
2. — Muñecas mecánicas, *Curtís Garland*.
3. — Cementerio espacial, *Marcus Sidéreo*.
4. — Los libertadores del espacio, *J. Chandley*.
5. — El día que no salió el sol, *Ralph Barby*.

MARCUS SIDEREO

LOS POLIZONESDE LA MUERTE

ColecciónLA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 246
Publicación semanal
Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 6.332-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: abril, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

El profesor Kolpek se arrellanó en su confortable butaca tras su mesa de despacho del Hospital General de Enfermedades no Cualificadas y tras carraspear dialogó con su tono autosuficiente:

—Giscard y Adam eran dos buenos amigos.

—Esto ya lo sabemos, profesor —replicó el agente especial Tarson.

Kolpek pareció molesto por la interrupción y adujo:

—Usted me ha hecho una pregunta y no es nada fácil de contestar. Créame. Si desea una respuesta...

—Por esto estoy aquí —repuso el agente, joven, dinámico e impaciente.

—Entonces le ruego que no me interrumpa.

—Disculpe, siga. Pero comprenda que...

—Sí. Tienen ustedes prisa —cortó Kolpek—. Yo también. Dirijo este Centro y tampoco es cosa fácil.

—Sí, sí... —El agente especial Tarson trató de disimular su impaciencia que el profesor fingió no interpretar.

—Decía que el piloto Adam y el doctor Giscard eran grandes amigos en su época de estudiantes. Luego la vida los separó asignándoles distintos derroteros.

Nuevo carraspeo que esta vez no fue interrumpido por el agente y el profesor prosiguió:

—Adam, más amante de la aventura, encontró su sitio

ejerciendo como piloto de esos vuelos experimentales. Giscard prefirió la medicina. Es hombre eficiente Giscard y muy ambicioso, por eso hoy es el número uno…

—Sí, sí, profesor, pero le ruego que…

—Usted quiere ir al asunto, amigo mío y le comprendo. En fin… ¿Me deja continuar?

El agente hizo un gesto impaciente.

—Pues bien… Si Giscard triunfó en su profesión como médico, Adam no le fue a la zaga. Era un gran piloto.

—Lo sabemos.

—Lo era hasta que cayó víctima de esa enfermedad de la que ya parece curado.

—De acuerdo, pero el servicio no le juzga apto para reemprender los vuelos.

—Eso es asunto suyo. Aquí se le dio de alta.

—Sí, pero nuestro interés es…

—Su interés, agente Tarson, es descubrir qué fue lo que ocurrió en el hospital. Lo sé y estoy tratando de explicárselo, pero usted me está interrumpiendo a cada instante.

—Disculpe. Será porque no dispongo de mucho tiempo…

—Pues deberían concedérselo. El caso vale la pena.

—Sí, creo que sí, pero…

— ¿Sigo?

—Por favor, profesor Kolpek.

—Bien. Resumiré. Dos buenos amigos Giscard y Adam. El primero buen médico y el segundo buen piloto. Un día el piloto sufre una de esas enfermedades espaciales y es internado en nuestro hospital bajo los cuidados de su antiguo amigo Giscard. Entonces aparece Eva.

— ¿Eva?

—Sí, agente Tarson. Eva era una amiga de Adam, una buena amiga, pero nada más. Eva visitaba todos los días a Adam y ello le dio la ocasión de conocer a Giscard. Adam hizo las presentaciones. ¡Oh! Eva es una mujer de extraordinaria belleza... Bueno... parece que Giscard por cortesía acompañaba todos los días a Eva a su casa hasta que ocurrió lo inevitable. Giscard se enamoró de la muchacha y la pidió en matrimonio... Hay que decir que Giscard, según opinión de las enfermeras, es también un hombre muy atractivo... Ejem... comprenderá que yo en estas cosas no entro ni salgo...

—Sí, sí, profesor, siga —cortó el agente.

—Bien pues... hay poco que decir al respecto. Parece ser que Eva también quedó prendada de los encantos del médico y... ya sabe... ambos acordaron casarse

—Muy normal, profesor, pero todavía no me ha dicho lo que yo deseo saber —repuso el agente especial Tarson.

—Sigo. Adam salió de aquí en régimen de convalecencia y pareció aceptar de buen grado las relaciones entre Eva y Giscard.

— ¿Puede tener eso alguna importancia? —interrumpió el agente.

—Pues sí... Tenga en cuenta que esta clase de dolencias espaciales, tienen un tanto por ciento muy elevado de cosa síquica. ¿Comprende?

—No del todo. ˆ

—Bien... Los pacientes que hasta el momento han sido atendidos padecen una especie de tristeza. Nos los traen con una especie de profunda melancolía. Necesitan cariño, comprensión... Un disgusto en tales circunstancias podría resultarles fatal.

—Pero Adam aceptó bien ese noviazgo. Usted lo ha dicho, profesor. ¿Es así?

—Sí, sí...

—Pues entonces...

—Yo no le puedo decir más.

— ¿No le cree capaz de...?

— ¿A Adam? ¿De qué?

—Profesor Kolpek. Estamos investigando la desaparición del doctor Giscard. Y esa desaparición se produjo prácticamente el día que Giscard celebraba su fiesta de compromiso en su residencia.

—Yo estaba allí, agente —recordó el profesor Kolpek.

—Y Adam también estaba allí. Les oyeron discutir a ambos. —Humm...

— ¿No le dice nada esto?

—Me dice que tengo en gran estima al doctor Giscard, pero si pretende que acuse a Adam de algo se equivoca, agente Tarson.

—Ustedes trataron a Adam. No disponemos de ningún informe concreto de su enfermedad. No sabemos sí en un momento de ira, si en un arrebato de celos ha podido ser capaz de intentar algo contra cualquier persona. En este caso contra Giscard.

—Oficialmente, señor, debo decirle que ningún paciente que haya sido dado de alta en mi hospital pueda convertirse en un ser peligroso.

—Yo no digo eso, pero... Si hay un asunto de celos por en medio. Teniendo en cuenta sus propias palabras sobre esa depresión o melancolía de Adam...

—Parece que no aprecian mucho a sus pilotos, agente.

—Usted tampoco hace mucho para defender a su médico, profesor —repuso el agente con sequedad.

—El que un médico haya desaparecido no presupone que haya sido asesinado. A menos que tenga usted pruebas.

—Desgraciadamente no las tengo.

—Entonces no tenemos más que hablar.

— ¡Profesor! —atajó el agente viendo que su interlocutor se ponía en pie—. Nos es muy necesario encontrar a Giscard. Le necesitamos. Tenemos un par de casos urgentes.

—Hay otros doctores. Traigan a sus enfermos al hospital y íes curaremos.

—No. Son casos especiales y…

—Yo soy el director de este hospital.

—Pero Giscard…

—Comprendo… Ustedes opinan que Giscard es mejor que yo… Bien, entonces guárdense a sus enfermos hasta que encuentren a Giscard. Y ahora discúlpeme. Tengo otros pacientes que sí confían en mí.

—Usted no puede ofenderme… Y si tanto interés tiene en localizar a Giscard hable con Eva. Seguro que para ustedes no será difícil encontrarla. Adiós, agente.

Y ya no dio opción de que el agente Tarson pudiera volver a despegar los labios.

Pero el asunto para el agente Tarson y para los jefes de su departamento seguía siendo el mismo: ¿Dónde estaba el doctor Giscard?

Parece que la última persona que le había visto con vida fue Adam, el ex piloto que regresó enfermo de una expedición al Espacio. Igual les había ocurrido a otros.

Claro que…

Claro que ella también le había visto poco antes. Ella era Eva, la mujer que iba a casarse con el médico y todos dijeron que había salido de la habitación con la expresión aterrorizada…

¿Qué diablos había ocurrido en aquella habitación?

Eso se preguntaba el agente Tarson, mientras de regreso a su oficina en el interior del monorraíl elevado recordaba algunos sucesos que de una forma u otra parecían tener relación en el caso.

CAPÍTULO II

Llegaban enfermos.

Algunos pilotos del vuelo espacial C-IV llegaban enfermos, débiles, indiferentes a todo.

—Deformación. Sufren deformación... Hay que hacer un reconocimiento a fondo... —Esta era la primera prevención.

Luego ingresaban en el Hospital General de Enfermedades no Cualificadas.

Se certificaba deformación interior. Tratada a tiempo tenía remedio. Y el doctor Giscard comenzó a especializarse en la materia.

Había que operar, trasplantar, luego los pacientes sanaban, pero quedaban inútiles para el trabajo, no parecían gozar de absoluta normalidad.

Un día le tocó el turno a Adam.

Todo el mundo coincidió en que Adam regresó a la base de puro milagro. Estaba inconsciente y en su desvarío no cesaba de hablar de algo que más bien se atribuía a su estado de precoma.

—El monstruo... Monstruos... Vendrán... Están aquí... Se ocultan...

¡Monstruos que iban a venir! ¡Qué estaban aquí! ¡Que se ocultaban!

. ¿Qué demonios habría visto Adam "allá arriba"? —Nada. Es un simple desvarío. La enfermedad de la soledad, de lo desconocido. Es miedo. El miedo existe. No es sólo un estado del espíritu. A veces se convierte en algo corpóreo.

Estas fueron las palabras del doctor Giscard, el buen amigo del piloto. .

Luego Adam fue volviendo a la normalidad...

Y sucedió lo de Eva. Las visitas de la muchacha al hospital. La amistad con Giscard que fue en aumento y la petición de éste para convertirla en su mujer.

Eva acabó aceptando, al fin y al cabo no tenía que dar explicaciones a nadie. Ella era libre y con Adam siempre habían sido buenos amigos. Casi hermanos... Sólo eso y nada más.

Luego la fiesta...

Pero lo de la fiesta ya no era el policía quien lo recordaba, porque el agente Tarson no estaba allí. Quien sí estaba era el profesor Kolpek que había sido invitado por el propio Giscard.

Giscard, era tradicional, quiso celebrar con un convite mundano sus inmediatos esponsales con la bella elegida.

El profesor Kolpek recordaba la fecha de ese acontecimiento acaecido unos días atrás.

Cierto que Kolpek no fue testigo directo de lo ocurrido, pero escuchó los gritos y las medias palabras que procedían de la habitación donde Eva había ido a arreglarse.

Era una casa grande, confortable, con los últimos adelantos. A Giscard le gustaba hacerlo todo por lo alto porque muy alto pensaba llegar.

Allí iba a vivir la futura pareja. Una de las habitaciones se había destinado a las damas para que pudieran arreglarse. Allí se había dirigido Eva.

Kolpek salió de los cercanos lavabos y escuchó el grito prolongado que salía de la habitación donde momentos antes había visto entrar a Eva.

— ¡Eva! —gritó yendo hacia la puerta que encontró cerrada.

— ¡No! ¡No! —exclamó la voz de la muchacha como si alguien tratara de asesinarla.

Kolpek golpeó la puerta con fuerza. Tampoco en esa ocasión Eva le abrió.

Volvió a llamarla sin obtener respuesta.

La música y el ambiente ruidoso de la fiesta impedían que su voz pudiera ser oída en el salón principal al final del corto corredor.

Kolpek iba a pedir ayuda cuando escuchó al otro lado de la puerta la voz de Giscard. Había entrado en la terraza.

— ¡Eva!

— ¡Oh, Giscard! Ha sido horrible... —pudo oír el profesor a través de la puerta.

Al fondo la música subió de tono y las palabras de la pareja le llegaban veladas.

— ¿Qué es lo que has visto? Repítelo —le pedía Giscard a su prometida.

Ella parecía vigilar.

—Horrible, espantoso... —repetía ella.

— ¡Vamos, vamos, cálmate!

Luego la voz pareció alejarse. Tal vez habían salido por la terraza.

El silencio fue cortado de nuevo por Giscard que preguntaba.

— ¿Por dónde dices que se ha ido?

Ella debió señalar algún lugar.

—No puede ser... Excepto que... haya utilizado la ventana... ¡Oh! Esto es increíble... .

—Giscard, te juro que no ha sido una alucinación.

—No, por supuesto, pero... Es extraño... ¿Por dónde pudo entrar?

—No lo sé, no lo sé... —Ella estaba viviendo unos momentos de tensión. Eso al menos es lo que creyó advertir Kolpek por la voz alterada de la muchacha.

— ¡No vayas a desmayarte ahora!

—Creo que voy a gritar...¡Es monstruoso...!

— ¡Basta!

Hubo discusión, palabras entrecortadas. Ella gritó y Giscard, para atajar el ataque de histerismo, no debió de ocurrírsele nada mejor que golpearla.

Fue entonces cuando surgió una nueva voz en la habitación. Kolpek por aquel entonces todavía no sabía a quién pertenecía. Después supo que era la voz de Adam que afeó lo que acababa de presenciar.

—Tú no te metas en esto.

—No tienes derecho a maltratarla.

—Creo que has bebido demasiado. Estas cosas no te incumben. Te ruego que salgas de esta habitación.

Sin duda era cierto que Adam había bebido algo más de lo normal y además estaba molesto, despechado tal vez de que Eva hubiese elegido a Giscard por marido. Es posible que hasta entonces no se hubiese dado cuenta de que su amistad por la muchacha era algo más que eso, era un sentimiento más profundo.

Alguien se acercaba. Eran una media docena de personas que iban a los lavabos y las mujeres a arreglarse. La música pareció ceder y también las voces por lo que fue relativamente fácil que la conversación entre Giscard y Adam, que había subido de tono, llegara hasta los recién llegados.

— ¿Qué ocurre ahí dentro?

—No existía la menor duda de que los dos hombres allí encerrados estaban discutiendo.

—Te acordarás de esto, Giscard. Te lo aseguro... —dijo la voz de Adam.

Era toda una amenaza. Una advertencia de esas que a menudo se sueltan en los momentos de acaloramiento de una disputa.

Luego la puerta se abrió.

— ¡Maldita sea! Eres un... —Y Giscard se interrumpió al verse en presencia de testigos.

Adam salió primero empujando a la gente. Poco después

abandonó la casa.

Se hizo un largo silencio. Nadie preguntó nada, pero Giscard se vio en la obligación de explicar algo.

—No ha ocurrido nada, amigos... una discusión tonta... Bueno, que siga la fiesta.

Todos aceptaron la breve explicación. Todos menos Kolpek que sabía algo más que los otros; sabía por lo menos que antes de aquella discusión tonta había ocurrido algo más, algo que obligó a Eva a lanzar un grito de terror.

Pero...¿por qué había gritado ella?

Eso sí lo ignoraba Kolpek.

CAPÍTULO III

Dos días más tarde el doctor Giscard no apareció por el hospital. No se hallaba en su casa ni pudo ser localizado en parte alguna.

¡Había desaparecido!

Y ahora que el asunto se había dado como oficial comenzaban las averiguaciones y el agente Tarson llevaba las pesquisas que indefectiblemente le llevaban hacia Adam y no sólo por las amenazas que profirió aquella noche en presencia de testigos sino porque dos días después de la fiesta, alguien vio a Adam rondar la casa del doctor.

Más que rondarla le vieron entrar en ella. Y Adam no lo negó.

La primera declaración de Adam al respecto fue la siguiente:

—Sí. En efecto. Fui a su casa. No pensaba disculparme, fui porque me lo pidió Eva.

— ¿Eva estaba en la casa?

—Sí.

—Pero salió antes que usted —dijo Tarson.

—En efecto.

— ¿Y usted se quedó a solas con el doctor Giscard?

—Muy poco tiempo.

— ¿De qué hablaron en este tiempo?

—Me rogó que no me metiera en sus asuntos y que dejara en paz a Eva. Le contesté que mi intención no era interponerme entre los dos y que si había ido es porque sigo apreciando a Eva y me daba la impresión de que le ocurría algo anormal.

— ¿Le dijo Eva si le ocurría algo?

—No —repuso Adam escuetamente.

—Entonces, ¿cómo supone que a ella pueda ocurrirle algo anormal?

—La conozco bien.

—Sí, lo sé. Son ustedes amigos, de la niñez.

—Exactamente.

—Siga explicando lo que ocurrió esa noche.

—No hay nada más que explicar.

— ¿Volvieron a pelear? ¿Discutieron?

—Giscard me dijo que tenía trabajo en el laboratorio.

— ¿Laboratorio?

—Sí. Su casa tiene sótano. Se ha hecho instalar un laboratorio.

—Humm... ¿Estuvieron en ese laboratorio? —inquirió el agente.

—No. Hablamos en el salón principal. Me pidió que me fuera y así lo hice.

—Pero usted se quedó por allí. Le vieron... Unos vecinos que también habían estado en la fiesta. Le estuvieron observando.

—Puede que me quedara. No lo recuerdo, pero yo no volví a entrar en la casa.

—Y el doctor tampoco volvió a salir.

—Eso no es asunto mío.

—Quizá.

— ¿Qué quiere decir? Yo no tengo nada que ver con la desaparición de Giscard. ¡Ni me importa!

—Usted era muy buen amigo suyo.

—Y estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por él si fuera necesario. El que discutiéramos no tiene nada que ver.

— ¿No le odia?

—No. Y si así fuera no es asunto suyo. Se está usted mezclando con mis sentimientos particulares.

Tarson le miró fijamente. Era hombre duro, tenaz.

—Volveremos a vernos, señor Adam. Si pretende alejarse, avíseme.

—Si quiere acompañarme en mi próximo vuelo espacial —sonrió Adam con ironía.

—No van a dejarle volar. Adiós, señor Adam —Y el agente parecía estar muy seguro de lo que decía.

Apenas el agente Tarson hubo salido del domicilio del piloto, apareció Eva.

— ¿Te ha visto? —inquirió Adam.

—No. Cuando él salió entré yo, pero no me ha visto —repuso ella.

Luego, tras un silencio, preguntó:

— ¿Le has dicho algo?

—Por supuesto que no.

—Tengo miedo, Adam.

—Lo comprendo. Es un asunto extraño, pero he estado pensando y… Bueno. He pedido que me dejen volar de nuevo.

— ¿Para qué?

—No sé… es un presentimiento… Tengo que volver a aquella zona. La otra vez estaba a punto de conseguir algo importante, luego pareció como si todo se me hubiese borrado de la mente.

Hizo una pausa y miró profundamente a la muchacha.

—Me gustaría que te quedaras aquí, pero es mejor que no te vean en mi casa. De todos modos, cuídate. Si mientras estoy ausente ocurre algo confía en el profesor Kolpek.

—Pero él no sabe nada.

—Tendrá que saberlo. Yo mismo se lo diré y tú me acompañarás, pero iremos por separado. ¿De acuerdo? —Giscard dijo que…

—No importa lo que dijera. El quería guardar el secreto pero ahora ya no es posible. Supone demasiada responsabilidad.

—Espera unos días. Sólo unos días —pidió ella.

—Está bien. Entretanto trataré de conseguir el permiso de vuelo. Afortunadamente Galbo es amigo mío.

* * *

Galbo era uno de los jefes de la escuadrilla de vuelos y tenía a su cargo la sección a la que había pertenecido —y aún seguía

perteneciendo— el piloto Adam.

—Lo siento —dijo Galbo sacudiendo la cabeza—. No puedo confiarte ningún bólido.

— ¿Por qué no? Viaje rutinario. Tengo derecho, ¿no?

—No estás en forma.

— ¡Tonterías! Me encuentro perfectamente, Galbo, pero si sigo inactivo voy a oxidarme de verdad.

—Sí, sí, lo comprendo, pero...

—Vamos, Galbo. Te digo que estoy bien. Mis reflejos son los de siempre. Mi enfermedad fue algo pasajero.

Galbo guardó silencio como si no se atreviese a replicar.

— ¿Qué pasa? Es sólo un vuelo...

—Quisiera que lo comprendieras, Adam. No depende de mí. Son órdenes superiores.

— ¿Ordenes?

—Sí.

—Pero... ¿Es que hay algo contra mí? ¡Oh! —añadió ante el silencio de su interlocutor—. ¿No será por ese asunto de la desaparición de Giscard? ¿Verdad?

Silencio de nuevo.

— ¿Es eso? ¡No tienen derecho! Es un asunto civil. Yo pertenezco al grupo de pilotos para experimentos espaciales. Tengo unos privilegios.

—Ya no los tienes, Adam. Vas a ser dado de baja. En realidad debí habértelo comunicado, pero...

—De baja... —aquello era como un jarro de agua fría para Adam. Le costó reaccionar.

—Lo siento, Adam. No es asunto mío. Yo creo en ti y no hago caso de patrañas... Oye, si quieres esta noche puedes pasarte por casa, charlaremos...

Adam había enmudecido.

—Siempre te ha gustado la comida que prepara mi mujer. Es natural. Nada de vitaminas sintéticas —Galbo trató de animarle.

Adam se alejó en silencio...

CAPÍTULO IV

Hasta dos días después Adam no dio señales de vida y fue precisamente para entrevistarse con Eva.

La muchacha se hallaba en su casa, sola y visiblemente angustiada.

— ¿Dónde has estado? He preguntado varias veces por ti.

—Por ahí... pensando.

—En la base me han dicho...

— ¿Lo sabes? —cortó él.

—Hablé con Galbo.

—Expulsado. Soy un indeseable.

—No estás en condiciones. Los demás...

—Yo no sufro ninguna deformación. Lo mío fue un *shock*

pasajero —Adam lo dijo levantando la voz. Luego se excusó para preguntar—: ¿Y tú? ¿Sabes algo?

—No. Y ya no sé qué hacer.

—Habla con el profesor. Yo he decidido hacer lo mismo con Galbo. A pesar de todo es la única persona en quién puedo confiar.

Fue entonces cuando ella le dijo que aquella mañana el agente Tarson había estado en el hospital para hablar con el profesor Kolpek y añadió:

—Yo entré después, cuando Tarson se iba. Estaba indecisa, sin haber podido hablar contigo no sabía qué hacer. Kolpek debió notar que me sucedía algo y me hizo algunas preguntas.

— ¿Le dijiste...?

—No, Adam... Aún no. Pero él sospecha algo.

— ¿Sospecha la verdad?

—No lo sé. Pero me preguntó por qué grité la noche de la fiesta.

— ¿Qué le dijiste?

—Que había visto una sombra en la terraza y me había asustado y que por eso grité. — ¿Y lo creyó?

—Creo que no. Pero sé que nos ayudaría.

—Sí. Yo también pienso lo mismo.

—Me dijo que el agente Tarson le había estado interrogando largamente y que él te defendió.

—Habrá que decírselo, Eva. Han pasado ya demasiados días. Habrá que decírselo —repuso Adam pensativo.

* * *

Aquella tarde Galbo se alegró de ver por su casa al piloto.

—Ya era hora.

—Eso se avisa —advirtió sonriente la esposa del jefe de grupo de la base—. Hubiera preparado algo especial.

—Gracias, Deva, pero no me apetece nada especial. Te lo aseguro. He venido para hablar con tu marido.

—Bueno, os serviré algo primero. Tengo aquel aguardiente casero que tanto te gusta. Sólo apto para buenos pilotos... —Y se interrumpió ante el gesto de su marido. La buena mujer sin querer había metido la pata olvidándose de que Adam "ya no era piloto".

—Bueno... Si queréis hablar, os dejo.

Pasaron al pequeño estudio de Galbo, bien ordenado, pero con abundantes papeles enrollados, planos, proyectos; porque Galbo no se limitaba a su trabajo en la base sino que en su casa trataba de ampliar sus conocimientos, efectuando proyectos, estudiando la perfección de las técnicas, comparando datos...

—Siéntate —le ofreció a Adam uno de los confortables módulos ideales para el descanso. Y el ex piloto parecía realmente necesitarlo.

— ¿Qué ocurre, Adam?

—Es posible que muy pronto necesite realizar ese vuelo que te pedí, Galbo.

—Mira, Adam, en este asunto...

—Déjame hablar primero —cortó Adam—. No es un simple capricho, ni el deseo de reincorporarme. Me gusta volar hasta por placer, pero ahora la cosa es distinta. ..

— ¿A qué te refieres?

—Al sector Koreo...

— ¡Oh, no! Esta zona precisamente. Ahora está prohibida. Nos ha causado demasiados disgustos. Hasta que se haya realizado un profundo estudio a fondo no se permitirá bajo ningún concepto aproximarse a Koreo-37.

—Pues me temo que los mandamás tendrán que autorizar muy pronto un vuelo a ese lugar y necesitarán gente experta que quizá no vuelvan jamás o si lo hacen será peor para ellos.

—Todos han vuelto enfermos... Tú mismo cuando te aproximaste...

—Yo tomé contacto con un asteroide, perdí el rumbo, pero sé que podría encontrarlo de nuevo. Aquello es menos peligroso.

—Pero está en la zona de Koreo-37.

—Sí, pero no es el mismo planeta. Es, repito, un asteroide y allí hay material para estudiar. Un material que pronto nos será muy necesario.

— ¿Por qué estás tan seguro?

—Ahora vas a saberlo, Galbo y después tú mismo decidirás si hay que informar a la superioridad, aunque yo pienso que sería mejor evitarlo... Sé que cundiría el pánico. Ahora es sólo el principio...

—Habla, Adam. Te lo ruego.

Tras una pausa el ex piloto comenzó:

—Todo empezó en esa fiesta que mi amigo el doctor Giscard dio en su nueva casa para anunciar su inminente enlace con Eva... —Hizo una nueva pausa para añadir—: Aunque en realidad el mal viene de más lejos. Es posible que se remonte a los primeros síntomas de enfermedad que presentaron los pilotos a su regreso de Koreo-37, pero no supimos darnos cuenta.

— ¿Cuenta de qué?

—Del verdadero virus de esa enfermedad deformante, porque se trata de un virus, pero con una forma muy distinta a las conocidas.

—La ciencia no se ha pronunciado todavía, se está investigando.

—Sí. Se está investigando sin medios... Hace falta un ente vivo para realizar los análisis y prevenir el mal, si es que ya no es demasiado tarde.

Se hizo un silencio que cortó Galbo para insinuar:

—Empezaste hablándome de esa fiesta... ¿Qué ocurrió en ella, Adam?

—Ahora vas a saberlo.

Y Adam comenzó la explicación:

—Eva estaba en la habitación arreglándose cuando en la terraza apareció "aquello"...

CAPÍTULO V

Adam no hizo otra cosa que repetir lo que le había contado Eva dos noches después cuando le citó en casa de Giscard.

Y prosiguió el relato ante el silencio de Galbo.

—Eva estaba en la habitación arreglándose cuando en la terraza apareció "aquello"... Sería difícil describirlo. Tenía piernas y brazos y andaba ligeramente encorvado. Tenía rostro, un rostro deforme, inexplicable del que surgían un par de puntitos brillantes a modo de ojos... Tenía también una especie de nariz achatada con un solo orificio... Tenía una inmensa boca...

Hizo una pausa para añadir:

—Su piel era como una llaga viva, o como un conjunto de cicatrices profundo. Todo era de color oscuro. Marrón oscuro exactamente, sin pelo. Las extremidades terminaban en cinco salientes a modo de dedos. Más que terrorífico era un ser repugnante que desprendía un indescriptible hedor que desaparecía con él sin dejar rastro. Andaba de forma pesada pero era ágil y fuerte. No hablaba, pero gruñía y parecía entender.

«Esa "cosa" avanzó hacia Eva que retrocedió aterrorizada gritando. Luego se oyeron unos pasos. Giscard se acercaba por la terraza que comunica con las otras dependencias. El ser desapareció por la habitación del baño privado. Es un cuarto grande, dispone de una pequeña piscina y hay un departamento para el baño propiamente dicho y otro para los servicios. Al fondo existe una ventana que comunica igualmente con la terraza. Se supone que huyó por allí. Giscard no pudo verle...

Ahora la pausa de Adam fue más larga y se interrumpió cuando Galbo preguntó:

— ¿Y después?

—Intervine yo. No sabía lo que ocurría. Vi a Giscard abofeteando a Eva y...

—Comprendo, pero ese "Ser..." ¿Volvió a aparecer?

—Al término de la fiesta Giscard buscó sus huellas por el parque que existe detrás de la casa. Encontró sus huellas y las siguió. Iba armado, sin embargo no llegó a utilizar el arma.

— ¿Le encontró...?

—Sí. Como si le estuviera esperando.

— ¿Y no le atacó?

—No, Galbo. Ni la extraña y repelente criatura hizo nada para atacar, ni Giscard creyó oportuno utilizar el arma. La razón era sencilla. Aquel "Ser" expelía un hedor que no era totalmente desconocido para el médico ... Giscard lo había olido en los alientos de los pilotos que ingresaban en el hospital cuando regresaban enfermos de los últimos vuelos espaciales...

"Le hizo algunas preguntas de las que sólo obtuvo gruñidos como respuestas, sin embargo, por la forma de comportarse el monstruo, Giscard creyó comprender que necesitaba ayuda... Que procedía de un mundo lejano y necesitaba tratos.

— ¿Y Giscard se comprometió a ayudarle? —preguntó Galbo.

—Exactamente. Aquella noche lo trasladó a su laboratorio particular para examinarlo y allí el monstruo se hizo entender. Parece que le pidió a Giscard que le convirtiera en un ser normal que pudiera

convivir con nosotros.

— ¿Hummm?

—Intervención larga y difícil, pero factible con la técnica de nuestra época (1).

—Sigue —pidió Galbo.

—Poco más puedo decir. Eva sorprendió a Giscard en el laboratorio y éste tuvo que contarle lo que se proponía. Ella estaba aterrada y requirió mi ayuda. Necesitaba por lo menos a alguien a quien contarle lo que sucedía. Fui a la casa. Giscard estaba en el laboratorio del sótano. Cuando subió y supo que ella me había contado el secreto se enojó. Eva se marchó llorando y francamente no había para menos...

Testigo de las palabras pronunciadas por Giscard en aquel momento, Adam las rememoró:

“—Ni siquiera puedo confiar en ti. Maldita sea. Estoy a punto de lograr el éxito más sensacional de mi carrera que será recordado en todos los tiempos, y tu maldito histerismo está a punto de estropearlo. Espero que al menos sepas guardar el secreto.

Ella salió de la casa. Adam se había quedado.

Recordaba ahora parte de la conversación sostenida a solas con Giscard.

"—No tienes derecho a tratarla de esa forma.

"—Lo siento. Ahora ya lo sabes. Es mi gran oportunidad. Bullich es un ser de otro mundo.

"— ¿Se llama Bullich?

"—Sí y puede hablar. ¿No lo comprendes? Esto es algo que necesariamente tengo que mantener en secreto.

"—Déjame verlo.

"—No. Está todo a punto.

"—Si es un ser de otro planeta no puedes ocultarlo.

"—Adam... Daría cualquier cosa por realizar este experimento...

Cualquier cosa. Incluso renunciaría a Eva. Es para ti, si quieres.

"—Eres repugnante, Giscard. Ambicioso y repugnante. No la mereces.

"—Piensa lo que quieras. Yo deseo ser algo grande y ésta es mi oportunidad.

"—No tienes sentimientos.

(1) En esa época la fabricación de piel sintética para las operaciones plásticas estaba asegurada en gran escala. La técnica en este sentido había alcanzado el grado máximo de perfección. Revestir a un ser de nueva piel únicamente requería oficio, aunque en el caso del monstruo fuera algo que escapara a lo normal.

"—Sé realista, Adam. Puedo conseguir más yo en el laboratorio que vosotros durante siglos de pilotar por el espacio. ¿Qué habéis conseguido? En cambio yo tengo a uno de "ellos". Un ser que podrá convivir con nosotros y que se convertirá en una fuente de información inapreciable. Le dotaré de habla normal... Será mi obra. Y todos hablarán de mí...

Adam salió. Comprendía la trascendencia del caso, pero le dolía el comportamiento de su amigo hacia Eva.

Luego se reunió con ella tras buscarla por los alrededores, razón por la cual le vieron rondar.

Ella había entrado de nuevo por la terraza.

"— ¿Por qué lo hiciste? —le preguntó Adam cuando lograron reunirse.

"—Quería disuadirle. Tengo miedo.

"— ¿Le quieresˆ?

"—No lo sé, pero., —dudó, sollozó y acabó llorando—, quizá tenga razón, Adam. Es su gran ocasión...

"—Siempre has sido muy comprensiva ..

Galbo interrumpió el relato del piloto.

— ¿Volviste a ver a Giscard?

—No. Aquella fue la última vez.

—Entonces nada se sabe del resultado de su intervención.

—No, Galbo. Desapareció aquella noche. Al menos eso suponemos.

— ¿Y Eva? ¿No volvió a verle?

—Pasó la noche recapacitando y decidió no llamarle. El tampoco lo hizo. Luego se supo que no había ido por el hospital, y al otro día Eva decidió llamarle, pero ya no contestó. Fue a la casa y no estaba.

—En el laboratorio...

—Tampoco. La puerta estaba abierta, bajó, pero ya no había nadie. Ni rastro de la posible intervención. Me llamó a mí, y fui aquella noche procurando no llamar la atención. No pude hacer otra cosa que confirmar lo que me había dicho Eva. Ni Giscard ni la extraña criatura estaban allí. Sólo encontramos una nota. Es ésta. La letra es de Giscard. La nota decía:

> "Eva y Adam. Sois los únicos que sabéis lo ocurrido. Os ruego por lo que más queráis que guardéis este secreto. Dadme unos días de tiempo. No me busquéis. Os lo suplico. Cualquier indiscreción podría resultar fatal..."

Adam murmuró:

—Ha transcurrido demasiado tiempo. Ocho días. Tú eres la primera persona en saberlo.

Galbo guardó un largo silencio para interrumpirlo y preguntar:

— ¿Qué relación supones que tiene esa extraña criatura con el sector Koreo-37?

—El hedor que notó Eva y también Giscard. El mismo que los

pilotos afectados.

— ¿Piensas que esa criatura puede proceder de Koreo-37?

—Tal vez y desde el satélite sería fácil observar, tomar algún objeto…

—Pero tú regresaste inconsciente de allí.

—Porque algo falló. Ahora iría prevenido.

—Es absurdo, Adam —repuso Galbo después de un silencio—. Esa criatura no pudo llegar de allí… ¿Cómo podría realizar el viaje?

—La respuesta está allá arriba, Galbo — ¡fue la escueta respuesta de Adam señalando hacia lo alto, a través de un ventanal donde se divisaba el límpido firmamento.

CAPÍTULO VI

—Esto puede ser grave —murmuró el profesor Kolpek tras haber escuchado el relato de la muchacha,

Eva, venciendo sus dudas, le había relatado toda la verdad al profesor. Exactamente lo mismo que Adam acababa de contar a Galbo.

—El monstruo debió atacarle. No puede ser de otra forma —adujo ella.

Kolpek murmuró dubitativo:

—Tal vez no.

—Entonces...

—No lo sé. Ojalá pudiera dar una respuesta...

— ¿Piensa comunicárselo al agente Tarson?

—No, mientras no sea necesario. En esto estoy de acuerdo con Adam. No hay que alarmar a la gente y un secreto demasiado compartido deja de serlo, pero por encima de todo está nuestra responsabilidad...

—Profesor… Giscard nos rogó silencio. Dijo que cualquier indiscreción podría resultar fatal. Por eso hemos esperado, por eso le ruego que no haga nada todavía.

Las mismas dudas se cernían en Galbo: —Comprendo que quieras proteger a tu amigo, pero mantener silencio puede resultar peligroso.

—Lo sé, lo sé… Por eso quisiera realizar ese vuelo. Allá en el asteroide puede existir la clave. Tiene que haber algo que los científicos, puedan observar, estudiar, analizar… ¿No lo comprendes, Galbo? A los pilotos afectados se les somete a cuarentena porque se teme que la enfermedad sea contagiosa…

— ¡Cielos! Si un ente de esta clase anda por ahí… Hay que dar la alarma. Informaré a mis superiores. Esto es demasiado grave para guardar el secreto…

* * *

El profesor Kolpek tomó el teléfono y lo soltó rápidamente.

—No. No daré la alarma aún. Quiero ver ese laboratorio de Giscard primero. Tendré que hacer una larga observación. Tal vez haya algo… después tendré que avisar. Es demasiada responsabilidad. Eva. Usted misma debe comprenderlo.

El profesor avisó que iba a salir. Eva le acompañaba.

— ¿Tiene usted la llave de la casa de Giscard? —inquirió Kolpek.

—Sí. Tengo una.

—Pues vamos.

Fue entonces cuando el profesor recibió una llamada telefónica.

— ¿Está Eva aquí? —preguntó la voz.

—Sí.

— ¿Es usted Kolpek, verdad? —siguió la voz.

—Sí. ¿Quién habla?

— ¿No me reconoce, profesor?

—No... ¿Quién es?

—Bueno. Estoy un poco lejos.,.. La verdad es que se oye un poco mal... Soy Giscard. — ¡Giscard!

Eva agrandó los ojos como signo de incredulidad.

— ¿Dónde está usted, Giscard? —preguntó el profesor.

— ¡Oh, un poco lejos, pero me encuentro perfectamente... Supuse que con el tiempo transcurrido Eva estaría intranquila... ¿Se lo ha contado, verdad?

—No hace mucho y era lógico que así lo hiciera. La situación era delicada dadas las circunstancias.

—Escuche... Pregúntele si Adam ha hecho algo... Este asunto debe de permanecer secreto... Es para bien de todos, luego me explicaré. Ahora es urgente que sigamos todos en el secreto, y temo que ya empiece a saberlo demasiada gente.

Eva tomó el teléfono que le ofrecía el profesor Kolpek.

— ¡Giscard! ¿Cómo estás?

—Querida... Luego te contaré... Oye... no te reprocho que hayas hablado con Kolpek; pero, ¿y Adam? —Está con su jefe...

—Impide que hable. Por favor. Que no diga nada. Que no se divulgue "esto". ¿Comprendes?

—Voy a llamarle ahora mismo.

—Y yo voy a colgar.

— ¿Cuándo te veré?

—Recibirás noticias mías. No te muevas de casa. Para nada.

— ¿Estás en peligro? ¿Te ocurre algo?

—Estoy bien. De momento estoy bien. Ahora no puedo hablar más. Ya recibirás noticias mías.

Giscard había colgado. Su voz dejó de oírse y Eva se encaró con el profesor.

—Debo hablar con Adam.

—Sí, hágalo. De todos modos insisto en ir a la casa de Giscard. No sé… Este asunto sigue pareciéndome un poco extraño.

—Pero ahora sabemos que vive… Si existiera algún peligro de contagio él nos hubiera advertido…

—De acuerdo, de acuerdo. Llame a Adam.

Ella tomó el teléfono y pulsó el botón instantáneo para obtener la llamada.

Un zumbido indicó que el número pedido comunicaba, pero eso no impidió que Galbo observara el intermitente que indicaba que tenía una llamada pendiente.

Adam permanecía al lado de su jefe.

—No contestan. Deben estar reunidos en conferencia. Hoy es el día. Insistiré.

Galbo pretendía dar la noticia, pero no podía hacerlo.

—Tienes una llamada pendiente —advirtió Adam.

—Sí. Ya lo veo, pero esto es urgente.

Colgó el aparato y sin hacer caso de la llamada pendiente que era la de Eva volvió a pulsar el botón.

—Prioridad. Asunto urgente —dijo para que su voz quedara registrada en la cinta magnética que recogía el comunicado.

El teléfono de la Superioridad seguía sin contestar. Colgó de nuevo.

—Tendré que ir personalmente. No importa que me acompañes. Tendrás que relatar otra vez toda la historia.

Fue entonces cuando se dispuso a contestar la llamada pendiente, pero Eva había colgado y estaba diciendo al profesor:

—No contesta. Puede que no haya nadie.

Kolpek recapacitó.

—Seguramente habrán ido a informar personalmente.

— ¡Oh! ¡Cielos! No puede ser, Giscard puede correr un serio peligro. Usted lo ha oído. Es necesario mantener el secreto.

—Intente llamar de nuevo.

Eva lo hizo, pero cuando contestaron ya era tarde. Deva, la esposa de Galbo, informó:

—Acaban de marcharse, no quisieron decirme dónde iban, pero temo que ocurra algo grave.

—Me lo temía —repuso la voz de Eva angustiada.

—Señorita... ¿Es qué usted sabe algo? Dígamelo, por favor. A mí nadie me dice nada.

—Lo siento... Adiós —repuso Eva y colgó.

— ¿Qué hacemos, profesor? —inquirió.

—Vamos. La llevaré en mi coche. Quizá todavía sea tiempo.

Salieron del Centro hospitalario y Kolpek hizo funcionar su vehículo con la sirena de prioridad.

Apenas acababa de marchar, tres automóviles sanitarios —ambulancias—, llegaban al hospital en la sección de emergencias.

Uno de los médicos de guardia tomó los informes.

—Pertenecen a zonas distintas —dijo el sanitario—, pero los síntomas que presentan son idénticos.

—Veamos —tomó las fichas que examinó rápidamente y murmuró—. Hummm... baja de la presión sanguínea y síntomas de deformidad... ¡Pásenlos inmediata a la sala de prevención! ¡Localicen al profesor Kolpek!

—Acaba de marcharse —informó una interna —Pues llamen a los especialistas y busquen al profesor. ¡Es urgente!

CAPÍTULO VII

Kolpek y Eva abandonaron el vehículo frente al gran Edificio de los Servicios Públicos. Allí tenía la sede el gobierno y los diferentes departamentos oficiales.

Kolpek entró pidiendo al control general la relación de visitas. En una tablilla electrónica aparecieron los nombres de Galbo y de Adam.

—Llegamos a tiempo. Todavía no han sido recibidos —dijo el profesor y rápidamente se metieron sobre el pasillo deslizante que conducía a las antesalas de los departamentos privados.

Entretanto el zumbido del intercomunicador del vehículo del profesor estaba funcionando.

Kolpek y Eva llegaron al final del deslizador y buscaron por las distintas antesalas. En una de ellas tenían que estar Galbo y Adam.

—Tardan demasiado. ¿Cuándo aprenderán que una emergencia a estas horas tiene prioridad absoluta? —se quejaba Galbo.

Eva y Kolpek pasaban de antesala en antesala en el inmenso corredor. El zumbido del vehículo del profesor seguía funcionando. Una voz femenina requería:

—Profesor Kolpek. Emergencia en el Centro. Regrese inmediatamente. Asunto grave.

Pero el profesor seguía buscando.

Por fin al cruzar una sala, Eva vio a los dos hombres paseando nerviosos.

— ¡Allí están!

Afortunadamente habían llegado a tiempo. ¿Afortunadamente?

En el hospital, uno de los especialistas internos observó el cuerpo que tenía ante sí, un hombre joven.

—Ha muerto —dijo simplemente—. La presión ha ido bajando continuamente de forma galopante... Y los otros dos no estaban mejor...

—Esa es una enfermedad parecida a la de los pilotos. ¿Verdad? —inquirió un ayudante.

—Sí, pero mucho más grave.

Otro de los especialistas llegó para informar de su fracaso.

—No he podido hacer nada. Mi paciente ha muerto. No ha sido posible siquiera intentar la transfusión, parece como si la sangre se hubiese convertido en algo tan simple como la propia agua. ¡Es increíble!

El tercer paciente murió con idénticas características...

Cuando el doctor llegó a su coche el zumbido había dejado de funcionar. Su presencia en el Centro hospitalario ya no era necesaria.

En aquel momento estaba diciendo:

—Quiero hacer una visita al laboratorio de Giscard.

— ¿Podemos ir con usted? —inquirió Galbo.

—Por supuesto. Nunca se sabe.

— ¿Qué espera encontrar? —preguntó Adam.

—Eso no lo sé. Pero es evidente que él está alejado de nosotros y que no podía hablar con claridad. Nos rogó que mantuviéramos el secreto, pero no estoy demasiado convencido de que las cosas sean tan simples que baste con esperar. ¡Vamos!

Los dos vehículos se pusieron rápidamente en marcha. El

profesor iba solo. Galbo abría la marcha llegándose con él a Adam y Eva.

Cuando llegaron a la zona residencial más lujosa de la ciudad, la calle estaba desierta, se respiraba una absoluta tranquilidad y el ambiente olía a flores. Era Ciertamente un lugar privilegiado, con su buena extensión de parque, con sus moradas aisladas, modernas, dispuestas a todo confort.

Se detuvieron frente a la casa de Giscard. Un sendero bordeado de setos y flores de unos quince metros de longitud daba acceso a la puerta principal. La casa se hallaba a oscuras.

Los dos automóviles, uno tras otro, enfilaron el sendero y se detuvieron frente a la escalinata breve que conducía a la puerta de entrada.

El silencio era absoluto. A lo lejos brillaba la luz tras alguna de las ventanas de las otras casas.

Eva tomó la delantera y Adam se puso a su lado.

—Aquí está la llave —dijo ella ofreciéndosela a Adam que la tomó para introducirla en la cerradura.

Cuando la puerta se abrió la estancia principal apareció sumida en las tinieblas. Eva indicó el lugar donde estaba el pulsador de la luz y Adam lo conectó.

Se hizo una grata claridad que iluminó todos los rincones. Los cuatro penetraron en el interior de la casa donde reinaba un perfecto orden.

Avanzaron. Daba la impresión de que no había nadie.

De pronto los ojos de Eva se fijaron en una de las mesas. Había una botella de algún licor y junto a ella un vaso que contenía algo.

Todos se volvieron hacia donde ella miraba. Adam avanzó y murmuró:

—Bueno…, tal vez está aquí desde la última vez.

—Imposible —repuso la muchacha—. El encargado viene todos los días para poner en movimiento los aparatos de limpieza.

La sensación de que algo anormal estaba ocurriendo flotó en el

ambiente.

Un ruido lejano rompió el silencio y volvió las miradas hacia la misma dirección.

— ¿Qué hay allí? —inquirió el profesor.

Adam y Eva eran los únicos que lo sabían. En apariencia era un estante, pero en realidad se trataba de una puerta corredera que mediante un mecanismo se deslizaba hacia un lado dejando al descubierto la escalera que conducía al sótano.

¡Y el estante estaba ligeramente separado!

— ¡Hay alguien abajo! —exclamó Adam.

CAPÍTULO VIII

Adam fue el primero en avanzar hacia la puerta. Galbo le contuvo.

—Espera. Iremos todos, menos Eva. Es mejor que se quede aquí.

—No. Bajaré yo. Ya estuve antes. Quédense ahí todos y aguarden —repuso Adam.

En aquel instante empezaron a sonar unos pasos por la escalera interior al otro lado del estante. Alguien estaba subiendo la escalera. Los cuatro quedaron inmóviles.

Adam hizo un gesto indicando a los demás que se escondieran, o por lo menos que se quitaran de en medio.

Los pasos sonaban cada vez más cerca, pausados, pero seguros.

La tensión de los cuatro, reunidos en el salón principal aumentó a medida que pasaba el tiempo.

Adam se aproximó al estante y se colocó a un lado.

De pronto apareció alguien en la puerta y la retiró con la mano para pasar al salón.

Eva fue la primera en reaccionar.

— ¡Giscard!

Sí, Giscard, tan sorprendido como los demás, era quien había aparecido por el umbral de la puerta disimulada, pero en seguida sonrió.

— ¿Qué ocurre?

— ¿Eras tú quien estaba abajo? —preguntó Adam a su lado.

Giscard le miró atentamente. Luego sus ojos recorrieron la estancia descubriendo al profesor y a Galbo.

— ¿Por qué han venido? —preguntó al fin—. Yo no se lo pedí. ¿Verdad?

Se adelantó el profesor para atribuirse la iniciativa.

—Cuando llamó dejó entrever un peligro, Giscard. Quería estar seguro.

— ¿Seguro de qué? —preguntó Giscard.

—No lo sé... Pero después de lo que me contó Eva deseaba ver su laboratorio. Nunca se sabe... Llevo conmigo unos aparatos...

—Detectores...

—Sí —dijo el profesor—. Puede existir alguna contaminación.

—No hay nada. Les ruego que me dejen.

Eva avanzó ante la frialdad de Giscard.

—Giscard. ¿Te encuentras bien?

— ¿Tengo aspecto de estar mal? Ella avanzó un poco más, pero Giscard permaneció inmóvil.

—Ahora no tengo tiempo de dar explicaciones, pero... en fin, ya que al parecer todos estaban inquietos por mi podemos brindar con una copa. Me hallo perfectamente y no existe peligro alguno.

Hablaba con voz normal, pero su comportamiento resultaba demasiado frío, o acaso precavido y Eva pensó que por alguna razón

aquella visita inesperada le importunaba.

—Dijiste que estaba lejos..., que te pondrías en contacto conmigo...

—Bueno. Acabo de llegar. Quería poner unas cosas en orden... Adam atajó:

— ¿Y Bullich?

— ¿Bullich? ¡Oh! Te refieres a… Bien, bien...

Intervino Kolpek para pregonar:

— ¿Realizó la operación?

—Pues no... A última hora huyo. Le seguí, pero ya no pude encontrarlo —repuso Gasean!.

— ¿Se da cuenta del pelero? Ese Bullich puede ser un hombre contaminado. Es posible que sea un ser portador de un virus desconocido. Giscard sonrió.

—Estoy convencido de que no hay contaminación, señores. Es una alarma injustificada.

— ¿Puedes demostrarlo? —preguntó Adam.

—Si me dejan trabajar lo demostraré... Ahora, si no desean brindar conmigo, les ruego que me dejen y que guarden silencio. Voy a redactar un informe. Después hagan lo que quieran, pero entretanto les aseguro que no pasa nada.

Adam era el que estaba más cerca de la puerta disimulada que permanecía abierta y dio un paso para entrar.

—Quizá sea mejor que echemos un vistazo.

— ¡No! —exclamó Giscard volviéndose hacia él con expresión hostil y decidida a impedir el paso a cualquiera.

— ¿Qué pasa, Giscard? ¿Es que no confías en nosotros? —interpuso Eva—. Hemos guardado el secreto.

Adam creyó comprender.

—Tienes a Bullich abajo, ¿eh?

— ¡No! —exclamó Giscard de nuevo.

—Se escapó. Le perseguiste y le encontraste. Ahora vas a operarle y no quieres testigos —siguió Adam.

— ¿Es cierto esto, Giscard? —intervino Kolpek.

— ¡No! —negó de nuevo Giscard.

—Oiga. Esto puede ser peligroso. El contagio... —empezó Kolpek, pero Giscard le atajó.

—Está bien... Si con ello van a quedar más tranquilos, bajen. En el laboratorio no hay nada.

Y Giscard se hizo a un lado para dejarles pasar. Adam tomó la delantera y los otros le siguieron. Giscard se quedó solo arriba.

El laboratorio era una estancia que ocupaba prácticamente toda la superficie de la planta. Tenía un par de compartimentos, pero la sala principal estaba equipada con aparatos, una mesa para experimentación y un quirófano improvisado, pero apto para toda clase de operaciones poco complicadas.

Existían electrocardiógrafos, pantallas, bisturí electrónico. Todo bastante completo.

En un largo mostrador se hallaban probetas, retortas, frascos, microscopios.

Era evidente que Giscard estaba trabajando en algo importante.

—No hay nadie —dijo Galbo después de haber recorrido las otras dos dependencias.

Kolpek se volvió hacia la mesa de operaciones y la examinó.

—Ni huellas de sangre, ni... —hizo funcionar uno de sus aparatos. Era como un estetoscopio aplicado a una caja que emitía ondas ultrasónicas.

Todos sabían que era para "oír" la contaminación de los posibles virus. Se trataba del último adelanto de la ciencia para detectar las enfermedades contagiosas.

Kolpek se paseó con el aparato por diversos puntos del laboratorio y siguió escuchando.

Los demás aguardaban.

Eva subió la escalera para reunirse con Giscard en el salón. Le encontró bebiendo de cara a uno de los ventanales. El se volvió al notar la presencia de alguien a su espalda. Se quedó inmóvil al ver a Eva.

—Giscard...

El hombre sonrió.

—Me alegro que estés bien...

— ¿Ya habéis terminado de husmear?

—Estamos tratando de ayudarte.

—Yo ya no necesito ayuda —sonrió él.

—Estás preocupado. Se te nota.

—No estoy preocupado —pero lo dijo sin convicción.

—Giscard. Si algo podemos hacer Estamos aquí para ayudarte.

—No necesito ayuda... Deseo quedarme solo. Esto es todo.

Eva iba a avanzar. Surgió entonces Adam.

—No hay nada. Kolpek dice que no existe peligro. Nos vamos... ¿Te quedas, Eva?

—Ella se va. He dicho que manilo quedarme solo —se apresuró a atajar Giscard.

El profesor y Galbo reaparecieron.

—Perdone, Giscard... Siempre he creído en usted, pero a veces las precauciones son necesarias... —dijo Kolpek.

—Celebro que lo hayan encontrado todo en orden. ¡Ah, Eva! Ya hablaremos. Ahora necesito trabajar... y luego descansar. He hecho un largo viaje.

Quedaban muchas preguntas en el aire. Preguntas que Giscard no parecía tener deseos de contestar. Incógnitas que el médico no aclaró. Por eso Eva fue la primera en dirigirse hacia la puerta.

—Será mejor que me marche. Adiós.

Le siguió el profesor y luego Galbo. Adam fue el último. Los dos hombres se miraron en silencio. Por fin Adam cruzó el umbral y cerró la puerta. Tras él oyó el chasquido del cerrojo de seguridad. Giscard había cerrado bien para que no volvieran a interrumpirle.

En la calle, junto a los coches, Giscard les observaba desde la ventana. No podía oír de qué hablaban, pero permanecía allí.

Eva se volvió hacia el profesor.

— ¿No ha notado algo anormal?

—Nada que se refiera a un grave problema de salud pública. No hay indicios de infección.

—Pero Giscard… no sé… me pareció como si… —A Eva no le salió la definición. Adam sugirió:

—Lleva algo entre manos por supuesto. De todos modos si constituyera un peligro nos hubiera advertido.

— ¿Sugiere algo, profesor? —inquirió Galbo a su vez.

—No sé… Pero sería conveniente observar a Giscard.

—Tengo un amigo en Servicios de Vigilancia para la Seguridad —dijo Galbo— puedo pedirle que haga vigilar la casa.

—Creo que debes hacerlo —apostilló el piloto.

—Sí —corroboró el profesor—. Si hay alguna novedad avíseme. Yo pasaré la noche en el hospital.

Y en el hospital era donde al profesor Kolpek le esperaba la noticia de aquellas tres muertes.

CAPÍTULO IX

El profesor examinó los tres cuerpos y luego repasó los informes que le habían facilitado.

— ¿Quiero saber exactamente de dónde proceden? —exclamó con una sospecha.

Le facilitaron las fichas y las comprobó. Ninguna de las víctimas vivía en las proximidades de la casa de Giscard. Pertenecían a zonas distintas y sus trabajos eran antagónicos.

—Un ingeniero de sonido, un encargado de la limpieza de zona y un experto en computadoras... Tengo que hablar con los familiares.

Poco después los familiares, dos esposas y una madre, estaban frente al profesor.

La madre del ingeniero de sonido explicó.

—Se puso malo de repente. Lo noté por su palidez. Andaba tambaleándose. Le dije que había trabajado demasiado últimamente, pero ya ni me contestó. Cayó desmayado y llamé a los servicios sanitarios... No puedo creerlo. Ocurrió todo tan de prisa...

La esposa del encargado de la limpieza de zona.

—Me llamó diciendo que vendría más tarde..., que le había telefoneado un amigo... No tardó mucho, pero cuando llegó lo hizo tambaleándose. Me dijo que no se encontraba bien, que llamara a los Servicios de Urgencia... Fueron sus últimas palabras.

La mujer del experto en computadoras afirmó:

—Habíamos ido a la inauguración de la nueva planta. Bert tenía que estar allí, pero me dijeron que había salido con alguien. Me extrañó porque él tenía mucho interés en esta fiesta. Bert ha trabajado mucho en la construcción de la nueva planta. Iban a nombrarle jefe...

Sin embargo, cuando regresó estaba pálido… Creo que iba a decirme algo, pero no llegó a tiempo. Se desmayó. Me ayudaron a llevarlo a casa, por el camino su pulso se iba debilitando y llamamos directamente desde el coche a las asistencias… Fue así de rápido. No me lo explico… ¿Qué clase de enfermedad es la suya?

El profesor no podía contestar. Dejó a las tres apenadas mujeres para pasar a otra estancia y llamar a Galbo.

—Sí, profesor. He hablado con mi amigo. Mandará a un par de hombres a vigilar la casa del doctor Giscard.

—Yo también voy para allá. Es posible que necesite ayuda. Tendré que hablar con esos hombres.

— ¿Es que ocurre algo?

—No estoy seguro todavía, pero he de hablar con Giscard a toda costa y arrancarle la verdad —Kolpek colgó.

Entretanto…

Eva y Adams se habían quedado a solas. El piloto había acompañado a la muchacha hasta el edificio donde tenía su alojamiento.

Ella estaba intranquila, presentía algo inconcreto, algo que se le antojaba terrible…

—Quisiera estar allí. Sé que se propone algo…

—Sí, Eva. Es evidente que se propone algo y quiere realizarlo sin testigos.

—Pero ese monstruo…, Bullich…, no estaba allí —adujo la muchacha.

— ¿Hay algún otro escondrijo en la casa?

—No.

—El parque tal vez.

— ¡El parque! —exclamó ella—. No lo hemos mirado. Puede que hubiese escondido a Bullich allí y piense operarle esta noche.

—No pienses en esto. Ya has oído a Galbo. Mandará vigilar la

casa...

—No podré descansar, Adam.

—El no se preocupa tanto por lo que tú piensas, Eva.

—Lo sé.

—Déjale. Olvida todo. Puede que esto sea sólo como una pesadilla, luego todo volverá a la realidad.

Adam no lo decía demasiado convencido, pero la muchacha pareció convencerle y ambos se despidieron.

El piloto se fue con su coche. Eva, sin pensarlo, tomó su propio vehículo y salió de la parte trasera del edificio para dirigirse hacia la zona residencial donde vivía Giscard.

Adam, por su parte, conducía pensativo. Trataba de atar cabos, porque al igual que Eva y que todos los que habían hablado con Giscard, había apreciado algo extraño, aparte del deseo del médico de quedarse solo.

¿Tendría de verdad al monstruo Bullich escondido en el parque?

Pensó que de ser así, y suponiendo que el monstruo llevara consigo una carga contaminante infecciosa, el detector de Kolpek lo habría descubierto. .

No obstante...

Aquel misterio le obsesionaba...

Eva había llegado antes que nadie a la zona residencial y se dirigió hacia la puerta, pero en seguida comprobó que la llave no era suficiente para abrirla. Recordó que Giscard desde dentro había puesto el cerrojo de seguridad.

Eva, sin embargo, sabía por dónde entrar. Por la parte trasera. Las escaleras de la terraza.

Dio un rodeo a pie y tras rodear la casa llegó a la parte posterior de la misma.

Había luz en el salón y el silencio era total.

Subió por la escalera exterior hasta llegar a la gran terraza que

iba de punta a cabo de la parte trasera.

No tardó en comprobar que las puertas estaban cerradas y el cristal era a toda prueba.

Le quedaba aún otra solución utilizable para casos de emergencia. Un pequeño aparato de bolsillo que actuaba por control remoto. Estaba graduado electrónicamente para abrir las puertas de la terraza.

Eva lo accionó y comprobó rápidamente su eficacia. La puerta emitió un chasquido quedando libre del seguro. Tirar de ella para que se corriera a un lado y dejara franca la entrada fue cosa fácil.

Bien. Eva ya estaba dentro, en medio del silencio y del orden absoluto que reinaba en el interior.

Avanzó. Sin darse cuenta tropezó con la mesa donde había la botella. Quizá en otras circunstancias —de no haber tropezado, por ejemplo— ni siquiera se habría fijado. Pero sí, se fijó.

La botella estaba vacía.

—Giscard debió estar bebiendo... —se dijo para sí Le llamó tímidamente, pero nadie le contestó. Siguió avanzando hasta el estante que estaba cerrado, pero ella sabía perfectamente dónde estaba el resorte para correrlo hacia un lado. No era ningún secreto.

Eva pulsó el botón y el estante se deslizó silencioso.

Apenas había cruzado el umbral escuchó un grito estentóreo. Un terrible chillido que culminó con una voz infrahumana, ronca que gritaba:

— ¡Noooo!

La muchacha tomó aliento. Aquel grito de espanto, de terror, la había paralizado.

Se apoyó en la pared y escuchó.

Desde lo alto de la escalera era imposible ver el laboratorio, porque había un rellano intermedio que privaba toda visibilidad.

Trató de normalizar su respiración y sólo consiguió oír los latidos de su propio corazón.

Abajo era todo silencio.

¡Sin embargo, aquel grito había surgido de allí! ¡Del laboratorio!

CAPÍTULO X

El profesor se hallaba en camino, cuando los dos vigilantes estaban ya cerca de la casa esperando el vehículo de Kolpek.

La casa, separada por el jardín y a prueba de ruidos se hallaba silenciosa, igual que el resto de la zona. Ni siquiera quedaban ventanas iluminadas. Era ya entrada la noche.

Eva, a pesar de su propio miedo había comenzado a bajar la escalera, y a cada peldaño que le aproximaba al lugar de donde había surgido el grito aumentaba la fortaleza de los latidos de su corazón.

Se detuvo un momento cuando creyó percibir un ruido característico. Era el zumbido de un bisturí electrónico.

Luego, chasquidos de instrumentos quirúrgicos. Ya no le cupo la menor duda de que estaba realizando una intervención.

Avanzó hasta llegar al rellano y escuchó un murmullo, como si alguien hiciera un comentario consigo mismo.

Tomó el último tramo de escaleras. Ocho escalones. El quirófano seguía tapado por el tabique.

Bajó sin hacer ruido.

En aquel momento el profesor detuvo su vehículo con el distintivo que lo identificaba y los dos vigilantes salieron a su encuentro.

—Estamos a sus órdenes, profesor. . Si desea que demos carácter oficial a...

—No, no... De momento no hará falta. ¿Hace mucho que están aquí?

—No, señor.

— ¿Se han aproximado a la casa? Es por ese sendero.

—No, no. Nos hemos quedado esperándole.

—Bien, vamos allá. Voy a llamar. Es posible que no conteste nadie. Entonces habrá que ver la forma de entrar.

—Pero esto no puede hacerse... —Lo haré yo —replicó Kolpek.

Entretanto, Eva estaba en el último peldaño. Lo bajó y se volvió hacia el quirófano.

Había alguien de espaldas. Alguien que estaba trabajando en la mesa de operaciones. Y se volvió rápidamente.

Eva lanzó un grito de espanto, de terror.

El hombre que estaba a pocos metros de ella con instrumentos quirúrgicos en la mano no era Giscard. ¡Era el monstruo!

— ¡No! —gritó Eva.

Bullich avanzó intentando decir algo. Ella seguía gritando enloquecida y trató de retroceder, pero sus piernas flaquearon. Hizo un esfuerzo.

— ¡Eva! —gritó con voz sórdida, cavernosa.

Con otro esfuerzo, la muchacha alcanzó nuevamente la escalera, tropezó y cayó.

Bullich iba a alcanzarla. Vio ante sí aquellas manos llagadas, aquellos brazos llenos de cicatrices, aquel rostro terrorífico y se

escabulló por el quirófano, tratando de buscar una salida inexistente.

Fue entonces cuando, perseguida por Bullich, se fijó en el hombre que estaba en la mesa de operaciones. ¡Era Giscard!

— ¡Oh, no! —apenas pudo balbucir.

La operación iba a efectuarse al revés. El monstruo operaba al doctor... ¿Qué clase de pesadilla era aquélla?

Pero no había tiempo para pensar. Bullich estaba allí, tratando de alcanzarla... le hablaba, pero ella no oía, gritaba. Gritaba con toda la fuerza de sus pulmones.

Y mientras, el profesor y los dos vigilantes estaban en la puerta de la casa llamando. Llamando inútilmente porque nadie respondía y por otra parte ellos tampoco podían oír lo que estaba sucediendo dentro.

Kolpek se volvió y vio el coche. No sabía a quién pertenecía porque no lo había visto antes, pero dedujo fácilmente que Giscard no estaba solo en la casa.

Fue entonces cuando apareció el otro coche. Era Adam. El profesor se aproximó.

—Hola, Adam. ¿Tiene idea de quién puede ser ese vehículo?

Naturalmente, Adam lo reconoció al instante.

—Es de Eva.

— ¡Eva! —exclamó el profesor.

— ¿Qué ocurre, profesor? ¿Qué está haciendo usted aquí?

—Adam. Es necesario que entremos en la casa inmediatamente. Luego le contaré; espero que no sea demasiado tarde.

Eva, entretanto, se había colocado al otro lado de la mesa de operaciones donde Giscard estaba tendido, atontado por alguna clase de anestesia. Se removía aún en la inconsciencia, sin tener noción de lo que estaba ocurriendo.

Bullich, aquel ser repugnante, dio la vuelta a la mesa tratando de alcanzar a la muchacha.

—Eva, Eva… Es…cucha…

Ella buscó alrededor. Había un frasco de no importa qué. Lo tomó y lo arrojó contra el monstruo. Al propio tiempo, y tratando de abrirse paso, tomó un instrumento largo y cortante.

Bullick había recibido el impacto del frasco en el cuerpo lo cual le hizo retroceder, mientras Eva avanzaba con el instrumento cortante en la mano.

— ¡Fuera! ¡Fuera! —gritó la muchacha.

Al fin consiguió alcanzar la escalera. El miedo le daba las fuerzas necesarias para no desmayarse, pero el monstruo no estaba dispuesto a dejarla escapar. Subió tras ella. Era ágil. Estaba a punto de alcanzarla.

Ella gritó de nuevo. En realidad no había dejado de hacerlo. Lo necesitaba para infundirse el valor necesario.

Consiguió asomar a la puerta cuando una garra la alcanzó por la ropa y la voz ronca de Bullich decía: —

No. No puedes marchar…

Fue entonces cuando apareció Adam. Tras él estaban los agentes y el profesor Kolpek.

— ¡Adam! —gritó ella al borde del desmayo. Bullich quedó inmóvil.

— ¡Cuidado! —advirtió el profesor—. No se acerquen a él.

Aquel ente extraño y repelente dio un paso adelante. Eva ya estaba en los brazos de Adam. Uno de los agentes sacó un arma y disparó justo cuando el profesor Kolpek gritaba:

— ¡No!

Evidentemente lo quería vivo, pero la bala de mezcla química había penetrado ya en el cuerpo de Bullich que lanzó un terrible estertor y cayó al suelo.

—No se acerquen a él —murmuró el doctor—. Apártense todos. Voy a pedir al laboratorio que manden un equipo aislante. Corremos peligro de contaminación.

—Giscard está abajo... En la mesa de operaciones —murmuró Eva agotada por el esfuerzo y también por los momentos de terror sufridos.

— ¡Vamos! —exclamó Adam.

El profesor les siguió advirtiendo a los guardianes:

—No le toquen ni se aproximen a él. Yo llamaré primero al hospital.

Fue entonces cuando la voz ronca de Bullich, con algo más de potencia y mayor claridad se dejo oír:

— ¡No, profesor! Óiganme... por caridad...

Adam se detuvo. El profesor se volvió con el receptor y en la mano. Acababa de pulsar un número y una voz en el hospital pedía:

—Aquí Hospital General de Enfermedades no Cualificadas... Hablen, hablen.

—Por caridad... —siguió el monstruo desde el suelo intentando incorporarse.

Los guardianes tenían las armas preparadas, pero Kolpek hizo ademán para que no las usaran.

—Diga, Bullich... Es éste su nombre, ¿verdad? ¡Le escuchamos!

El monstruo se apoyó en un mueble, jadeó visiblemente agotado, malherido.

—Profesor, Adam... Yo no soy Bullich... Yo no soy Bullich —balbució con otro tremendo esfuerzo.

Todos le rodeaban a menor distancia.

Por fin el monstruo entre estertores concluyó:

—Soy Giscard..., Giscard..., Giscard.

Y se desplomó.

CAPÍTULO XI

Todavía no habían recuperado el habla, cuando en el silencio de la estancia resonó la voz de la centralita del hospital:

—Aquí Hospital General. El profesor tomó de nuevo el auricular y pidió: —Urgente, lleven un equipo completo aislante y material de esterilización. Traigan una ambulancia. Cuando cortó la comunicación Eva exclamó: —No puede ser. ¡No puede ser Giscard! Giscard está abajo.

Nadie contestó porque Giscard apareció en aquel momento por el umbral de la puerta del sótano. Miró a los reunidos y murmuró:

— ¿Le han eliminado? Mejor. Estaba loco. Iba a operarme. Estaba completamente loco. Déjenme con él, completaré mis experimentos.

— ¡No, Giscard! Este asunto ya no depende de usted —repuso el profesor— voy a dar forma oficial a lo acaecido. Si se encuentra con ánimos, pase mañana por el hospital. Vamos a estudiar ese cuerpo.

—Está bien. Háganlo. Hagan lo que quieran. Yo me largo.

— ¡Un momento! —exclamó Adam—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Supongo que lo han visto, ¿no? —repuso Giscard. — ¿Por qué dijo que él eras tú? —preguntó Eva a. su vez.

—Porque estaba loco. En fin… Han llegado a tiempo de librarme de él.

— ¿Qué pretendía hacer contigo? —preguntó Adam. Giscard se encogió de hombros y se dirigió hacia

—Deberías ser más explícito —insistió Adam—. Todos nos hemos arriesgado…

—Está bien. Os doy las gracias. Ahora dejadme en paz —y desapareció tras la puerta de la terraza.

Nadie hizo nada por impedirlo.

En la calle sonaba la sirena de la ambulancia.

Con el equipo especial aislante, el profesor Kolpek, ayudado de un par de sanitarios igualmente equipados, colocaron a Bullich en una camilla que protegieron con una especie de tapa transparente y seguidamente lo llevaron a la ambulancia.

Adam salió a la terraza, Eva le siguió para observar que Giscard ya no estaba allí.

— ¿Dónde crees que puede haber ido? —inquirió el piloto.

—No lo sé.

—Giscard tenía una morada en las afueras, en el campo. Era de sus padres.

—Sí, pero hace mucho tiempo que no va. Ya le dije que me llevara una vez, pero no quiso. Dijo que aquello no era para mí. El gozaba con el lujo. Ya sabes cómo se había vuelto últimamente.

— ¿Hablas en pasado?

—Ya no es el mismo. Tú mismo has podido comprobarlo.

—Pero además, ahora es distinto. Su comportamiento. No sé… Que oculta algo es evidente.

— ¡Nos vamos! —dijo el profesor—. Dejáramos a los guardianes por precaución, pero es de suponer que ahora ya no ocurrirá nada.

Eva y Adam se marcharon también. El piloto, antes de que la ambulancia emprendiera la marcha hacia el hospital, dijo:

—Manténganos informados, profesor.

—Por supuesto —replicó.

* * *

Kolpek informó mucho antes de lo que Adam esperaba. Aquella misma mañana, muy temprano, ya tenía un informe completo. Citó a Eva y a Adam.

Kolpek estaba hablando con el responsable de la salud pública. Cuando Eva y Adam vieron salir al hombre, cambiaron una mirada entre sí.

Si el profesor había dado carácter oficial al asunto es que la situación era grave.

—Pasen —rogó a la pareja.

Les atendió a solas y empezó con la claridad que le caracterizaba.

—Ese hombre no tiene absolutamente nada. Me estoy refiriendo a Bullich. Es un ser normal como nosotros. En otras palabras, no se trata de un monstruo, sino de un coetáneo… —Miró a Eva y murmuró —. Lo que voy a decir es muy grave. Le ruego que tenga valor.

—Sí, profesor. ¿De qué se trata? —repuso la muchacha.

—De la dentadura de Giscard… Eva y Adam cambiaron una nueva mirada. El profesor siguió.

—En el hospital tenemos la ficha completa de médicos y pacientes. No hay detalle que pueda ser pasado por alto, incluyendo la dentadura, las composturas efectuadas a la misma, etcétera, etcétera.

— ¿Y bien? —inquirió la muchacha.

—»Ese monstruo, despellejado, convertido en una llaga viva… llevaba la dentadura de Giscard.

— ¿Cómo?

—No era un postizo. Dentadura fuerte, sana, excepto una muela...

—Entonces quiere decir que... —insinuó ella.

—Antes de morir "él" lo dijo. Soy Giscard.

— ¡No! —exclamó la muchacha.

—La comprobación de su estructura ósea que se está examinando y analizando en "estos momentos nos dará la respuesta concreta, pero puedo asegurar sin temor a equivocarme que ese hombre al que llamábamos Bullich... es Giscard.

Se hizo un silencio, y la pregunta quedó flotando en el aire.

Si el monstruo era Giscard... ¿Quién era entonces el otro? ¿El que vieron todos en la casa, el que desapareció por la terraza pidiendo que le dejaran en paz?

—He informado de todo lo ocurrido al hombre que han visto salir de aquí. La noche anterior tuve casos de contaminación. Enfermedad deformante, rápida, que se cebó en tres ciudadanos en puntos diferentes de la ciudad. Algo grave está ocurriendo y temo que no sabremos la verdad hasta que ese falso Giscard caiga en nuestras manos y pueda ser interrogado... ¡Oh! Fui un estúpido no reteniéndolo... —Y el profesor se lamentaba de aquel error.

* * *

La orden general de busca y captura de Giscard fue dada sin ninguna clase de publicidad.

En pocas horas, todo el sistema preventivo de la capital se puso de manifiesto, pero sin alarmar a nadie.

El profesor Kolpek en una reunión privada con los altos dirigentes insistía:

—Se trata de un virus desconocido, señores. Ataca de una forma

galopante.

— ¿Cree que tiene algo que ver con lo ocurrido a algunos de nuestros pilotos?

—La forma es la misma, pero la gravedad depende de los casos. Un contacto directo con ese virus es mortal.

—Diga lo que necesita, doctor.

—Primero a Giscard.

—Estamos haciendo lo posible para encontrarle

—Estoy pensando que... —Kolpek vaciló.

—Tendrá a Giscard. La búsqueda es exhaustiva, pero diga. ¿Qué le preocupa?

—Pues que tal vez no le encuentren nunca, —repuso Kolpek.

CAPÍTULO XII

Galbo y Adam discutían en la base.

—Lo que necesita realmente el profesor es una muestra de ese virus —decía el piloto, pero no puede pedir que ningún equipo se desplace a la zona de Koreo, por eso insiste en tener a Giscard.

—Lo comprendo, pero…

—Dame un bólido… Un bólido para transportar una muestra. Ahora ya no soy un sospechoso. Todo ha quedado paralizado. Se ha demostrado palpablemente que Giscard no había desaparecido. Vuelvo a ser piloto.

—Oficialmente no lo eres. Todos los afectados no lo sois.

—Estoy perfectamente. Te lo he repetido una docena de veces. Me encuentro tan bien como antes. Dame ese bólido. Es un asunto de extrema gravedad que nos atañe a todos.

—Lo siento, Adam. No puedo.

— ¿Por qué?

—Tu vida podría correr un serio peligro y yo sería el responsable si algo te ocurriera.

—Lo hago por mi propia voluntad. Lo firmaré así y tu responsabilidad quedará a salvo.

—No es por la responsabilidad. Te aprecio y además debo cumplir las órdenes. Esto no es un juego. Debemos respetar la voluntad de quien nos dirige. No puedo tomar una decisión. Compréndelo…

—De acuerdo, Galbo. ¿Y mientras tanto qué…? Giscard anda suelto. Es el monstruo. ¿No lo comprendes? Ha habido una transmutación, y un ser contaminado de ese extraño virus anda suelto. Se producirán más casos, habrá víctimas.

Una llamada telefónica interrumpió la comunicación. Era el profesor Kolpek.

— ¿Está ahí Adam? —inquirió.

—Sí. Ahora se pone —repuso Galbo.

Kolpek había estado tratando de localizarle. Deseaba hablar con él en privado.

Adam tardó muy poco tiempo en desplazarse desde la base al hospital. El profesor se encerró inmediatamente en su despacho con el piloto.

—He leído su informe, Adam. Me refiero al informe que facilitó a sus superiores en su último viaje. No dice gran cosa.

—Desgraciadamente aquel viaje fue como una pesadilla. Apenas recuerdo casi nada.

—Es necesario que lo haga, Adam. Usted es el que vino en mejor estado en relación con otros compañeros suyos.

—Estuve en un asteroide. Eso sí que lo recuerdo. Era un lugar brumoso. La atmósfera permitía ir sin escafandra, pero algo debió ocurrir, no lo sé.

—Pero puede recordarlo...

—Ojalá...

—Mire, Adam, me dirijo a usted porque los demás no vieron nada. Les atacó esa extraña dolencia de forma repentina. En sus informes hablan de un vuelo normal. En cambio usted apunta ideas...

—Ideas vagas... Pero si Galbo me dejara volar de nuevo, estoy seguro de que podría aportar la prueba que usted necesita, profesor.

—Podría resultar peligroso, Adam.

—Es el único medio.—Quizá no... Escuche... Dispongo de un aparato... Se han hecho algunas pruebas. No es todavía seguro, pero si usted accediese...

— ¿A qué clase de aparato se refiere?

—Yo le llamo "Memorizador". Actúa sobre el cerebro. Sentirá usted unas sacudidas y quedará inconsciente. Luego empezará a recordar lo que todos deseamos. No existe peligro alguno, sólo unas molestias porque falta perfeccionarlo... ¿Querría hacer una prueba, Adam?

—Por supuesto.

—Entonces, adelante. Yo estaré a su lado... Le diré lo que tiene que hacer. ¡Vamos!

Poco después, en una dependencia privada del centro hospitalario, Adam, sentado en una butaca reclinable, era portador de un extraño casco del que surgían varios cables, que el profesor conectó a un aparato que emitía ondas intermitentes.

—Es un cerebro —explicó—. Lo que usted recuerde estimulado por las ondas pasará de su mente al memorizador del aparato… Sería ideal poderlo transformar en imágenes, pero esto todavía tardará tiempo.

— ¿Qué debo hacer?

—Recordar el vuelo desde el momento en que usted partió de la base. Piense sólo en esto. Luego sentirá una sacudida breve y quedará profundamente dormido. Espero que su subconsciente haga el resto…

—De acuerdo. Estoy preparado.

Kolpek hizo las últimas conexiones y las ondas emitieron zumbidos más potentes.

—Espero que después del experimento usted pueda recordar. Sería un éxito completo.

— ¿Y si no es así?

—Entonces tendremos que traducir sus recuerdos que habrán quedado grabados ahí. —Y señaló la máquina—. Ahora relájese… Está usted en el momento de tomar la salida.

—Sí, profesor. Eso sí lo recuerdo perfectamente. Era un vuelo corriente. Estábamos explorando la zona de Koreo.

— ¿Lo recuerda?

—Con detalle.

— ¿Estaba usted en la cabina del bólido?

—Era una nave dispuesta para almacenar objetos. Son las naves que solemos llevar en esos viajes. Si tomamos contacto con algún lugar tenemos orden de traernos muestras. Yo no pude por las razones que ya expliqué.

—Olvide esas razones ahora. Concéntrese en el vuelo.

—Estoy despegando, profesor… Todo es normal…

—Excelente… Siga pensando. —Y la mano derecha del profesor estaba junto a una clavija.

Adam seguía recordando. La mano de Kolpek accionó la palanca.

Adam sintió la sacudida, fue sólo una fracción de segundo. Su cuerpo se convulsionó para quedar inmóvil.

Las ondas acusaron la reacción y el cerebro artificial comenzó a trabajar.

CAPÍTULO XIII

La niebla comenzó a disiparse en la mente de Adam. ¡Estaba volando!

Ninguna sensación le daba a entender que aquello era como un sueño. Se sentía realmente frente a los mandos de una nave que conocía al dedillo.

Era como volver a vivir aquel pasado que todavía estaba muy próximo. Sí. Estaba de nuevo en la misma nave de la que regresó enfermo, aunque de menor gravedad que sus compañeros.

Volaba a través de la estratosfera. La nave avanzaba con rapidez, aunque dentro de la cabina parecía no moverse. Sólo el indicador de velocidades señalaba los kilómetros que el bólido iba devorando.

El rumbo era el de otras veces.

—Voy a cambiar de acuerdo con las instrucciones —había anunciado a la base.

—Conforme. Te seguimos —fue la respuesta.

Pulsó los botones correspondientes. La nave soltó un chorro de combustible en forma de gas y viró para acrecentar su velocidad.

Trascurrió el tiempo sin ninguna novedad. El espacio parecía ser igual en todas partes.

—Detectó la proximidad de algo sólido —anunció una vez más mirando hacia la pantalla que producía un zumbido, aunque sin trasmitir imagen alguna.

—No lo captamos, Adam, Pon más fuerte la señal.

—Señal puesta.

—Ahora sí notamos algo, pero es muy lejano.

—En cambio yo me estoy aproximando.

— ¿Ves algo?

—No. Todo está muy oscuro... ¡Esperad! Hay una masa. Una masa gaseosa... —Gradúa el detector.

—Detector graduado. La señal proviene de esa masa. Debe ser sólida, pero esté envuelta por una nube de gases.

— ¿Seguro que son gases?

Adam casi no oía.

—Os oigo muy mal.

Repitieron la pregunta.

—Sí. Parecen gases.

—Toma las precauciones necesarias.

Ya no oía.

—Llamando a base, llamando a base. —Ellos tampoco le oían.

Observó los aparatos. Había pasado del punto límite y probó las emisoras especiales, pero algo interceptaba la transmisión.

—Es esa condenada masa... Parece que la nave está influenciada...

La grabadora había dejado de funcionar y trató de arreglarla, pero tuvo que desistir. La nave parecía a merced de la "cosa" sólida.

—Me está atrayendo. —Y trató de hacerse con el dominio absoluto del bólido.

—Menos mal que responde.

Sí. Todo respondía.

Entonces se metió de lleno en la espesa niebla. Todo le pareció confuso, hasta que los detectores indicaron la proximidad de aquella solidez de que había hablado.

Pasó por entre aquellos gases que no revelaron la menor toxicidad y se encontró ante la superficie de un asteroide.

Tomó contacto con él y salió a la superficie provisto de escafandra hasta que el contador e indicador atmosférico le advirtió que podía prescindir de seguridades. Se despojó de todo y pudo andar con mayor soltura.

El asteroide, pequeño, puesto que el horizonte lo veía muy próximo, poseía una extraordinaria fuerza de atracción.

El suelo estaba constituido por una especie de basalto y polvillo fino de una brillantez especial. A pesar de estar rodeado por un firmamento ennegrecido podía ver perfectamente dónde pisaba y distinguir las formas rocosas.

De todo eso ya no recordaba nada al regresar, porque tenía la sensación de que una niebla le envolvía, y, sin embargo, no había niebla.

—Me duele la cabeza —murmuró y siguió observando las formas rocosas. Eran como extraños monolitos, fantoches sin brazos ni extremidades y avanzó hacia ellos.

Se encontró entre un auténtico bosque pétreo y aumentó su dolor de cabeza. Buscó una tableta para despejarse, pero apenas logró aliviar su dolor.

—Me faltan las fuerzas... —Y tuvo que apoyarse en una de aquellas rocas.

Descansó unos momentos y luego, apoyado siempre en las

piedras, caminó unos metros.

Tenía la sensación de que todo estaba borroso.

A lo lejos cruzó el firmamento algo brillante. Miró hacia arriba y pensó que se trataba de una nave compañera.

Disponía de una sirena ultrasónica y la accionó esperando una respuesta, pero nadie contestó.

Luego ocurrió algo extraño y confuso... Aquella nave lanzó un destello especial y desapareció como si hubiese estallado en el aire.

—Pero... ¿qué es eso? —se preguntó a sí mismo.

Casi al instante al dar un paso más adelante siempre apoyado en las piedras tocó algo blando.

Se volvió sobresaltado... Y ante sí... Sólo vio roca...

¿Una roca blanda?

Intentó dar con ella y comenzó a tocar las piedras... ¿Dónde estaba la roca blanda?

Cada movimiento le costaba un terrible esfuerzo. Apenas podía moverse. Y aquella sensación de hallarse en medio de una densa niebla le envolvía, le atontaba más y más...

Ya no podía sostenerse ni siquiera apoyándose.

—No existen rocas blandas... Debe haber sido una alucinación..., una falsa sensación... No puedo más.

Sus manos apoyadas en la piedra resbalaron.

—Voy a perder el conocimiento —pensó y dijo en voz alta para infundirse ánimos.

En una inmensa soledad como aquella es bueno hablar en voz alta.

Pero Adam ya no podía hablar. Trató de hacer un esfuerzo.

—Si me desmayo sé que no voy a recuperar jamás...

Anduvo a gatas sobre aquel fino polvillo fosforescente. Apenas

podía respirar, pero el aire era bueno.

La nave se le antojaba lejos. A cientos de kilómetros. Más de una vez perdió el sentido, pero se recuperaba de nuevo y seguía su éxodo.

No supo con exactitud el tiempo que empleó en conseguir llegar nuevamente el bólido, pero al fin lo consiguió. Subió los tres peldaños de la escalera y una vez dentro tomó un par de cápsulas reconstituyentes y sacó las fuerzas necesarias para accionar los mandos.

La nave despegó del asteroide y Adam la pilotó hasta la salida de la bruma.

Su cerebro quedó vacío de ideas durante algunos instantes. Sólo despertaba de vez en cuando para verse en pleno vuelo y escuchar la voz de la base.

—Llamando a Celeste-501. Adam. Contesta... ¿Dónde estás?

Pero Adam no podía contestar. Así llegó a la base...

CAPÍTULO XIV

—Despertó en el hospital —concluyó cuando el profesor Kolpek desconectó el aparato.

— ¡Magnífico, Adam! Esto ha funcionado, y más que recordar ha relatado perfectamente el viaje... ¿Lo recuerda?

— ¡Oh! Sí! Es maravilloso... Recuerdo todo... Las rocas blandas... ¿Cree que pudo ser una falta sensación?

—No lo sé, Adam. No lo sé. Pero en ese asteroide pueden existir cosas interesantes... Ese sopor por ejemplo, y los síntomas de su enfermedad al regresar. Eran los mismos que sus compañeros, pero en menor cuantía. Leves. Por eso ahora se halla en perfecta forma física.

—Sí, profesor. Pedí que me dejaran volver al asteroide, pero Galbo sigue negándose.

—Es por su bien. Podría resultar peligroso.

—No, profesor. Aunque regresara inconsciente, su máquina me ayudaría a recordar... Créame, ha sido como volver a vivir mi último viaje... "Yo he *vuelto* realmente en esos minutos".

Kolpek sonrió.

—Sí. Lo sé. Yo también he experimentado...

—Volviendo a ese viaje... Debe convencer usted a Galbo o a la superioridad. Ahora ya tengo experiencia .. Lo primero que haría sería buscar esa roca blanda, material, microorganismos. Lo depositaría en la cabina de almacenaje, antes de que el sopor me venciera. Lo demás ya no importa. Sé que puedo hacerlo.

Un sanitario llamó para hablar con el profesor.

—El informe que pidió con respecto a los tres últimos casos, profesor.

— ¡Ah! Déjelo ahí. Puede retirarse —dijo Kolpek.

El hombre dejó un *dossier* sobre la mesa y salió del despacho del profesor que dirigiéndose al piloto dijo:

—Son los datos de las tres víctimas por contaminación. Eso puede ser importante.

—Le dejo, profesor. Hable con Galbo.

—No, espere. Es sólo un momento.

El profesor leyó rápidamente los informes deteniéndose en lo más interesante.

—Un ingeniero de sonido que trabajaba en la perfección de las ondas ultrasónicas. Un experto en computadoras, especialista en cerebros para colocar en distintos puntos del espacio a fin de que transmitan informes, y un empleado de la limpieza. Esto es lo más raro.

— ¿Los tres tuvieron contacto con Bullich? —inquirió el piloto.

—Es posible, pero debió ser bajo la apariencia de Giscard. Y ese falso Giscard le contaminó...

—Si fue él... nosotros también hemos estado próximos a su contacto.

—Sí. Ese es otro misterio —y hablando consigo mismo añadió—: Un empleado de la limpieza...

—Profesor —insistió Adam—. ¿Cree que ese ser de otro mundo ha tenido contacto con los tres contaminados?

—Eso es indudable... Vea esto... Al ingeniero se le había visto con un amigo, en un coche, luego regresó enfermo a casa. Las señas de ese amigo coinciden con las de cualquier hombre de apariencia normal. Bien vestido y educado.

Hizo una pausa y añadió:

—Luego está el técnico en computadoras. Llegó tarde a la fiesta, según manifestaciones de su propia madre. Una fiesta para inaugurar una nueva planta... Se le vio también en compañía de un individuo que responde más o menos a las características del que estuvo con el ingeniero de sonido.

Buscó la referencia al encargado de limpieza y murmuró :

—Cuida de la manipulación y posterior descomposición de los restos de alimentación... ¡Claro! —El profesor estuvo a punto de pegar un salto a pesar de que Adam ignoraba el motivo de tanta euforia.

— ¿Tiene algo que ver...?

—Está investigando. Ese Bullich ha hecho un viaje exploratorio. Necesita conocer datos, detalles, todo lo más importante relativo a nuestra civilización. Computadoras, sonidos... y la descomposición de las materias inservibles, de las basuras.

Hizo una pausa y antes de que Adam pudiera intervenir, prosiguió con mayor moderación:

—Está claro... Ese es el primero de una raza de parecidas características. Posiblemente procede de un lugar a punto de extinguirse y han elegido nuestro planeta para sobrevivir, pero necesitan conocerlo a fondo, pero en principio lo primero que les hace falta para poderse mezclar con nosotros es un aspecto como el nuestro. Carecen de piel. Por lo menos de la clase de piel que nosotros entendemos como tal.

—Entonces eligió a Giscard deliberadamente.

—No cabe duda de que así fue, Adam.

—Pero ¿cómo se explica la metamorfosis?

—Quizá nunca tengamos una prueba fehaciente de la verdad, pero lo más probable es que se dejara operar por Giscard para adquirir el aspecto que deseaba, pero Giscard no tomó las precauciones necesarias y adquirió, por contagio, un semblante parecido al de Bullich.

—Pero Bullich es ahora exacto que Giscard. —Posiblemente la parte tocante al rostro la realizó el propio Bullich.

— ¿Y Giscard sobrevivió?

—Hay fenómenos extraños en la naturaleza. Giscard trabaja en una especie de antídoto. Quizá le sirvió para librarse de la muerte, pero no para quedar desfigurado por efecto de un virus deformante y corrosivo... Sí. Esa podía ser la explicación... Adam creyó comprender.

—Giscard sobrevivió y quiso volver a operar al monstruo.

—Exacto. Por los motivos que sean, no consiguió enteramente su propósito la primera vez y ahora pretendía examinarle a fondo. Comprobar su complexión, sus características... Eva le descubrid y pensó que era el monstruo el que pretendía operar a Giscard cuando en verdad era al revés...

Tras una pausa el profesor añadió:

—Mi temor es que Bullich pueda adoptar cualquier otra personalidad. Eso haría más difícil su captura. .

CAPÍTULO XV

Las sospechas del doctor se estaban confirmando.

Lejos de la ciudad, en el interior de una casa abandonada, cosa absolutamente normal en una época en que nadie quería vivir en el campo, alguien lanzó un grito.

Sobre una mesa estaba tendido un cuerpo humano cubierto con un lienzo. En una mesita cercana, Giscard abrió su maletín con el instrumental. Sacó varios objetos de apariencia rudimentaria junto con otros que eran habituales en las intervenciones que se efectuaban en los hospitales.

En la faz del falso Giscard había una sonrisa de triunfo.

—No me descubrirán jamás. Mi rostro es demasiado conocido. Ha llegado el momento de cambiar. Y eso *aquí* es sumamente fácil.

De su maletín un pequeño aparato metálico emitió un zumbido apenas perceptible. En el centro de ese aparato no mayor que una caja de tarjetas de visita se encendió una luz.

El falso Giscard pronunció unas extrañas palabras y permaneció a la escucha.

Nadie que conscientemente se hubiese encontrado en la estancia hubiera sido capaz de traducir las escasas palabras que allí se cruzaron, excepto una computadora especial, justamente en la que

estaba trabajando el técnico muerto por contagio.

Esa computadora hubiera traducido el siguiente y breve diálogo:

—Necesitamos informes.

—Pronto podré daros buenas noticias.

— ¿Es habitable el planeta?

—Lo es —fue la réplica del falso Giscard.

Esa fue toda la conversación. Luego Bullich, todavía con el aspecto de Giscard, comenzó a descubrir a la víctima de la que iba a tomar su nuevo aspecto.

* * *

La ambulancia lanzó un pitido al aire camino del Hospital General de Enfermedades no Cualificadas.

No era el único vehículo que se detuvo en la entrada de emergencias. Otros dos coches habían traído a otros tantos enfermos.

Las enfermedades no hacía falta diagnosticarlas, corrosión por infección. Dos mujeres y un hombre sin piel alguna, convertidos en llaga viva y completamente inconscientes eran pasados rápidamente al quirófano general donde aguardaba el profesor Kolpek.

Tras un breve examen a cada una de las nuevas víctimas, el director del Centro murmuró:

—No hay nada que hacer.

Miró las fichas.

—Una joven celadora del Instituto de Estudios Básicos, una ama de casa y un profesor... Bullich va completando los datos que necesitaba. Estudia a fondo nuestros métodos, nuestros sistemas de vida... Debe tener una extraordinaria capacidad para asimilarlo todo...

— ¡Otro paciente! —anunció uno de sus ayudantes.

Dos sanitarios llevaban en una camilla lo que quedaba de un cuerpo humano. Sin piel, con la carne machacada, deformada y convertida en una masa negruzca. Costaba incluso dictaminar el sexo.

—Es una mujer desde luego y parece joven... Dadme la ficha.

—La encontraron en la calle, profesor —explicó el sanitario que la había llevado. No hemos podido identificarla.

—Esto empieza a tomar caracteres alarmantes. Hay que prevenir a todo el mundo... Pero no. Es imposible. ¿De quién tenemos que guardarnos? A estas horas Bullich habrá tomado ya otra fisonomía. Es como buscar a un ser invisible... Si al menos conociéramos el antídoto. ..

* * *

Adam y Eva se hallaban en casa de Giscard. En la parte exterior y como medida preventiva seguía la vigilancia a cargo de dos guardianes.

Eva, que seguía con la llave de la casa, había querido acompañar a Adam que se la había pedido a fin de realizar un registro a fondo.

Ambos estaban buscando entre los papeles que Giscard tenía en su mesa.

—Kolpek dijo que Giscard estaba trabajando en un antídoto contra esas enfermedades —dijo Adam mientras buscaba—. ¿Te dijo algo a ti?

—No. Sólo hablaba de sus planes en general, pero nunca especificaba nada con detalle.

—Debe de tener esa fórmula en alguna parte. Eso podría servir de mucho mientras se desconozca totalmente el virus.

La emisora que transmitía las últimas noticias había informado antes de que Adam se decidiera a buscar esa fórmula sobre las nuevas víctimas. Ahora ya no era un secreto para nadie, aunque tampoco se había dado alarma alguna.

—Una vacuna eficaz para librarnos de la infección —murmuró ella— no creo que exista.

— ¿Por qué no? Giscard vivió. Deformado, pero vivió. Tuvo que tomar ese antídoto. Ta! vez no esté perfeccionado, pero una vez Kolpek lo analice puede ser muy útil.

—Giscard debió confiar en nosotros ..

—Quería la gloria para sí. Pensó en que todo le saldría bien. Ese fue su error y caro lo pagó —comentó Adam sin dejar de buscar.

Una llamada a la puerta les interrumpió. Eva fue a abrir y apareció en la puerta un guardián junto con una mujer joven que se presentó.

—Perdonen. Soy Doria. La encargada de la limpieza del sector. Si me permiten haré mi trabajo.

— ¡Oh! Ahora no vive nadie en esta casa —murmuró Eva.

—Pero habrá polvo. Es mi deber hacer el trabajo. Claro que si molesto...

—No, no, pase —Y Eva hizo una seña al guarda para que la dejara entrar.

—No les molestaré —murmuró y se dirigió hacia el pequeño cuarto donde estaban los aparatos de la limpieza. Se volvió antes para decir:

—Me he enterado de lo ocurrido. Lo siento por el doctor Giscard. Era una gran persona. Salvó a mi padre y se tomó mucho interés. ¿Usted iba a casarse con él, verdad?

Eva asintió.

Adam apareció para preguntar quién había y Eva le dijo que se trataba de la encargada de la limpieza.

— ¡Un momento! Quizá ella lo sepa —murmuró el piloto.

— ¿A qué se refiere? —preguntó Doria.

—Al lugar donde Giscard guardaba sus papeles. Buscamos algo importante. Usted tal vez le vio guardar alguna vez papeles de su trabajo.

— ¿Yo? Jamás he espiado al doctor. Pueden creerme.

—Doria, no hemos querido decir que usted espiara. Simplemente si "sabe" dónde Giscard guardaba los papeles —insistió Adam—. Si usted venía a limpiar, pudo ser que Giscard estuviera trabajando...

—Bueno, sí...

—Las encargadas de la limpieza conocen a menudo los rincones.

—Una vez le vi manipulando en un mueble pequeño. El que está a la parte derecha de su estudio. Al otro lado de la terraza.

— ¿El comodín? —murmuró Eva.

—Ya hemos mirado. No hay nada.

Doria se encogió de hombros.

—Bueno. Yo sólo sé que el mueble está fijo. No es un comodín como los demás y el doctor Giscard me dijo que no lo tocara nunca.

— ¡Cielos! —exclamó Adam y volvió hacia el estudio para dirigirse al mueble que Doria acababa de indicar.

Cuando abrió la puerta del pequeño armario vio que estaba vacío. Comprobó que era imposible mover el mueble y Eva exclamó.

—Está pegado al panel.

—No es un simple panel. Es un muro bastante grueso. No hay duda de que existe un doble fondo.

Pasó la mano por el fondo del armario y encontró un pequeño orificio.

— ¡Aquí está! Pero no se abre con llave...

—Tal vez con control remoto.

—Debe tenerlo en algún sitio. Hay que encontrarlo.

Registraron de nuevo todos los cajones, pero el control no aparecía.

— ¡Sacaremos el mueble como sea! Pregunta a esa mujer dónde están las herramientas.

Doria mostró a Eva la caja de herramientas y ella misma las llevó.

—Van a destrozarlo —comentó la mujer.

—Es muy importante. Ande, déjenos, por favor.

Doria continuó su trabajo mientras Adam procedía a apalancar el mueble forzándolo hasta que comenzó a ceder.

Tras algunos esfuerzos, el comodín salió dejando en la pared las huellas de los soportes que lo mantenían sujeto. En la misma pared sobresalía la plancha metálica que cerraba la caja secreta de Giscard. Era imposible tratar de abrirla con llaves o ganzúas. El agujero pequeño indicaba claramente que sin la ayuda del control remoto cuya onda coincidiera con la aplicada a la cerradura electrónica sería imposible abrirla.

—Sólo hay una forma de conseguir un control. En la factoría general.

—Necesitaremos un permiso especial para que accedan —murmuró ella.

—Hablaré primero con el profesor Kolpek. El conseguirá el permiso. ¡Vamos!

—No se preocupen por mí —dijo Doria—. Yo tengo una llave. Dejaré la puerta cerrada, aunque con la vigilancia que tienen no creo que a ningún ladrón se le ocurra entrar.

Adam y Eva ni la escucharon. Aunque en cierto modo estaban agradecidos a la mujer que les había dado la clave del indudable escondrijo de los apuntes de Giscard. Concretamente de la fórmula del antídoto para aquella clase de infecciones contaminantes, deformadoras y mortales de necesidad.

Poco después en el hospital Adam exponía a Kopek el asunto.

—Sí. Yo también pensé en esto, Adam. No se preocupe por el permiso. Lo obtendré. En la parte científica tengo plenos poderes. Tendremos un control remoto especial para abrir ese escondrijo. Ahora más que nunca es necesario obtener ese antídoto...

* * *

Pero el control remoto iba a llegar demasiado tarde, porque en aquellos instantes, unas manos hábiles manipulaban en el interior de aquella caja. Unas manos que extrajeron un *dossier* conteniendo algunos papeles.

Un par de ojos leían ávidamente los titulares de los apuntes. En un apartado podía leerse:

Contra Virus Koreo 38

Las manos guardaron cuidadosamente aquellos papeles…

CAPÍTULO XVI

—Aquí no hay nada —exclamó el profesor Kolpek después de examinar el *dossier*—. Proyectos, ensayos, pero la fórmula que buscamos no existe.

Eva apuntó.

—Tal vez la guardaba en su cerebro.

—Con un escondrijo como éste... —adujo Adam.

—Quizá alguien se nos ha anticipado —admitió el profesor dejando el *dossier* sobre la mesa.

— ¡Con lo que nos ha costado conseguir el control especial! —exclamó Adam observando aquella cavidad tan celosamente guardada.

—Al menos lo hemos intentado —dijo el profesor pensativo mirando hacia la terraza.

— ¿Qué noticias tiene de la búsqueda de Bullich? —le preguntó Eva interrumpiendo el silencio.

—Ninguna. Y no me extraña. Puede pasearse delante de nuestros ojos con cualquier apariencia. Debe ser una raza de entes sumamente hábiles, pero no perfectos. Les faltan algunas cosas que buscan entre nosotros... Y deben tener su punto débil. Eso es lo que debemos encontrar antes de que seamos invadidos.

— ¿Invadidos, cómo? —murmuró Eva.

—Adam vio una nave en el asteroide.

—En efecto. Y estalló.

—Tal vez están efectuando pruebas. Bullich puede informarles del proceso que se sigue en la construcción de las nuestras. Por lo visto esos seres se adaptan rápidamente. ..

—De acuerdo, profesor —admitió Adam—. Pero hay una pregunta para la que jamás he encontrado respuesta... ¿Cómo llegó Bullich aquí?

—Yo también lo he estado pensando, Adam y creo tener la respuesta...

— ¿Y bien? —instó el piloto.

—Recuerda lo que ocurrió en el asteroide, ¿verdad, Adam?

Adam asintió.

—Quedó inconsciente y apartado de la nave. No puede precisar el tiempo que estuvo entre los monolitos rocosos.

—No. Ya sé lo dije... ¡Cielos! —reaccionó Adam—. ¿Piensa que

en este tiempo...?

—Sí, Adam. En este tiempo Bullich pudo meterse en el almacén de su nave. Recuerde que usted llegó a ella casi inconsciente. No abrió para nada el departamento de almacenaje... Y luego a su regreso a la base todos se apresuraron en primer lugar a auxiliarle. Nadie se ocupó de examinar la nave y Bullich pudo tener tiempo de salir. Es natural que se exponía a ser descubierto, pero era un riesgo calculado. Tenía que correrlo.

Tras unos segundos de silencio el piloto murmuró: —Entonces..., quizá estén esperando que otra nave aterrice en el asteroide para colocar a otro Bullich en nuestro planeta.

—Puede que entre en sus cálculos, Adam. Piense que han puesto los ojos en nuestro planeta y pretenden invadirnos...

* * *

Alguien estaba escuchando a través de una caja parecida a las que contienen tarjetas de visita. Alguien a través de las ondas había escuchado aquella conversación en casa de Giscard y pasaba a informar después de pulsar un botón.

Una voz inaudible pronunció unas extrañas palabras que traducidas formulaban una pregunta:

—Mandaremos a alguien que te ayude. Necesitamos una nave.

Y en igual lenguaje la voz de quien manejaba la cajita contestó:

—Tendréis la nave.

* * *

La llamada interrumpió la conversación que sostenían el profesor Kolpek y Adam.

Eva tomó el teléfono.

—Es de la base. Te han estado buscando. —Y pasó la comunicación a Adam que tomó el aparato.

—Galbo no está. Es una magnífica oportunidad para que puedas tomar una nave —dijo una voz.

— ¿Con quién hablo?

—Eso no importa. No puedo descubrirme. Es demasiada responsabilidad, pero sé que deseas volar. Y es interesante que aportes pruebas para la seguridad de todos. Eres el único que puedes conseguirlo.

La voz dejó de hablar y se cortó la comunicación.

—Una llamada anónima —contó Adam—. Dicen que Galbo no está en la base y que puedo tomar una nave.

—No lo hagas —espetó Eva.

— ¿Por qué no?

—Puede ser una trampa —objetó el profesor.

—Sí, tal vez... Ya lo he pensado.

— ¡No vayas! —insistió Eva—. ¡Es obra de Bullich!

—No me extrañaría que anduviera mezclado entre el personal de la base —adujo el profesor.

—Eso es tarea de las vigilancias. Que investiguen una vez yo haya partido.

—Pero... —empezó Eva.

—Está decidido. Este es también un riesgo calculado. Adiós, profesor. Si fracaso... bueno, cuide de Eva.

— ¡Espere, Adam! Le haré algo... No suelo usarlo. Tómelo solamente en un caso extremo. —Y buscó en su maletín que siempre llevaba consigo para sacar un pequeño tubito.

— ¿Qué es?

—Un reanimador. Es muy fuerte. A grandes dosis puede resultar peligroso. No lo utilice si no es necesario. Hay solamente dos cápsulas. Es más que suficiente.

Adam lo tomó. Eva iba a decirle algo. Adam la miró, pero al igual que la muchacha prefirió no hablar y despedirse con una sonrisa.

Poco después el vehículo de Adam corría raudo hacia la base.

Alguien en algún lugar sonreía y a través de la pequeña caja transmitía un mensaje.

—Preparados. La nave no tardará en ponerse en marcha.

* * *

Galbo estaba repasando unos datos en su despacho en la base. Se hallaba solo.

Al oír los pasos resonar por el hangar general abrió los ojos y vio a la silueta que se acercaba.

— ¿Cómo demonios...? —empezó.

Salió para llamar la atención de la persona que indudablemente no podía estar allí a aquellas horas.

Salió de la encristalada estancia y no vio a nadie. Escuchó unos instantes y el resonar de los pasos le indicó que el intruso había doblado por el corredor que comunicaba con las salas de control.

Galbo avanzó rápido y corrió a través del corredor que permanecía desierto.

—Es extraño ¿Dónde se habrá metido...?

Estaba junto a una de las puertas del control cuarto.

Se volvió y abrió para averiguar si había alguien dentro. Apenas hubo cruzado tuvo la sensación de que había alguien a su espalda. No tuvo tiempo de volverse paira comprobarlo. Sintió un golpe en la cabeza que ni siquiera le dolió.

Cayó desplomado.

Unas manos extremadamente finas y largas, pero fuertes le arrastraron hasta debajo de una mesa.

Poco después llegaba Adam, con su vehículo. Al pasar por el inevitable control se detuvo.

—Llamada del jefe —dijo.

El guardián le conocía. —Adelante.

Adam condujo hasta la proximidad del hangar general y camufló el auto entre dos edificaciones. Luego salió y miró en derredor.

Cuatro naves de emergencia estaban dispuestas en los distintos círculos o plataformas de despegue. Cualquiera de ellas servía a sus propósitos.

—Tendré que realizar el vuelo sin control de base. Lo haré de forma autónoma, como en las emergencias. No es difícil y en cualquier caso es el único medio.

Miró en derredor. Todo era silencio. A lo lejos de la inmensidad del llano un par de mecánicos entraron a uno de los departamentos.

No había nadie más.

—Bien —se dijo—. Ha llegado el momento.

Echó a correr y no se detuvo hasta unas de las plataformas, donde reposaba la nave elegida al azar.

Subió rápidamente.

Alguien le vio a lo lejos y gritó:

— ¡Eh! ¿Quién anda ahí?

Pero ya era tarde para detener a Adam.

La nave lanzó el zumbido característico. Algunos mecánicos de guardia salieron preguntándose qué ocurría.

La propulsión delató lo que estaba ocurriendo.

— ¡Alguien pretende largarse! exclamó uno de los que

contemplaban la escena.

Adam puso velocidad de despegue. Conectó las palancas y la nave se elevó rauda.

Alguien gritó:

—Avisen inmediatamente a la jefatura central. —Busquen a Galbo. Andaba por ahí. Hace poco rato le he visto.

Galbo estaba aún bajo la mesa y su rostro empezaba a tomar un extraño rictus. La sangre que le había producido el golpe manó en abundancia de la herida y parecía quemarle la piel.

Sí. Galbo se estaba deformando poco a poco…

CAPÍTULO XVII

—Sí. No hay duda de que es Galbo —murmuró el Jefe del Sector Central ante el cadáver que uno de los guardas había descubierto.

El profesor Kolpek que ya había sido avisado estaba presente y confirmó:

—Es obra de Bullich. Su marca... Ha estado aquí. Váyanse todos. Voy a llevarle al hospital. Su estado aún no es del todo grave. Quizá pueda salvarle...

—Hay que ordenar a Adam que regrese inmediatamente —gritó el Jefe del Sector Central.

El profesor intervino.

—Yo que usted no lo haría. Adam se expone para salvar nuestro planeta. Sólo en ese asteroide de Koreo 38 puede encontrar los indicios que nos permitan luchar contra esos seres. Lo que deben hacer es ayudarle.

El profesor tenía otras cosas que hacer. La primera de ellas intentar salvar a Galbo que era transportado ya hacia la ambulancia.

Después, en el hospital Kolpek murmuraba:

—Ahí está la prueba, La descomposición se produce cuando hay herida con sangre. El virus desconocido penetra en el cuerpo y comienza el proceso corrosivo.

—Pero aunque no haya sangre las víctimas mueren igualmente —comentó uno de sus ayudantes.

—Espero que Galbo viva. El es el único que puede decirnos quién le atacó. Debió verle. Así sabremos bajo qué fisonomía se esconde ahora Bullich...

* * *

Bullich. Esa era también la obsesión de Adam que se hallaba en pleno vuelo y recibió el primer contacto con la base.

—Ha salido contra las órdenes, Adam. Suponemos que estará dispuesto a correr ese riesgo. Intentaremos ayudarle —dijo la voz del jefe de la base.

—Gracias, señor. Hasta el momento no he tenido dificultades.

—Denos su situación exacta para efectuar las comprobaciones.

Adam facilitó el lugar que marcaban las coordenadas y añadió:

—Llegaré a la zona dentro de unas tres horas. Es lo que calculo.

—De acuerdo, Adam.

En la pequeña pantalla de la base el punto que representaba la nave se dirigía en línea recta hacia el centro del asteroide de la zona de Koreo 38.

Antes del tiempo que Adam se había fijado los detectores de la nave señalaron la presencia gaseosa. ¡Estaba llegando!

El piloto, con los sentidos en tensión, se dispuso a traspasar la capa de gas: para dirigirse directamente al asteroide.

El brillante suelo de aquel extraño lugar apareció después de haber atravesado la densa niebla producida por el gas. Adam observó el contador y murmuró:

—Sería conveniente analizar la naturaleza de ese gas.

— ¿Cree que puede absorber una pequeña cantidad?

—Lo intentaré.

—Hágalo, pero compruebe primero si el compartimiento estanco cierra bien. Un escape podría serle fatal en caso de que el gas fuera nocivo.

—Es lo que pensaba hacer.

La absorción se produjo por medio de la tobera especial. Parte del gas fue engullida para quedar en el compartimiento estanco de la nave destinado a tal fin.

Luego vino la toma de contacto con el asteroide. La nave se posó en el suelo con la misma facilidad que la vez anterior.

—Utilice 1% escafandra y el traje protector —fue la última advertencia de la base.

—No —replicó Adam—. Me impediría la movilidad y tengo que actuar de prisa. Corto.

Cerró la comunicación y abrió la puerta. La hora culminante había sonado. Adam sabía que aquél podía ser su último viaje...

CAPÍTULO XVIII

Adam se movió de prisa por la superficie del asteroide dirigiéndose hacia la zona rocosa. Su objeto eran las *rocas blandas.*

Aparte del material que le habían pedido para su análisis no sabía exactamente lo que buscaba, pero tenía la sensación de que allí encontraría "algo".

Antes de llegar al laberinto rocoso empezó a sentir aquella sensación extraña, como de ahogo. Pensó en el "reanimador" que le había facilitado Kolpek y que guardaba celosamente, pero se dijo:

—Puedo esperar. No lo tomaré hasta que me sea absolutamente indispensable.

Continuó metido ya de lleno entre los peñascos de extrañas formas monolíticas. Eran como fantasmas en un lugar de pesadilla.

Metió algunas piedras en la canana que llevaba consigo y sintió aumentar su sensación de malestar, de debilidad creciente, pero siguió palpando en busca de las rocas blandas.

Tuvo la sensación de que todo empezaba a bailar a su alrededor, y en medio de aquella ciudad laberíntica no pudo ver la sombra que acechaba junto a un monolito.

Una sombra que, segura de no ser observada, corrió hacia la nave.

Adam seguía buscando, siendo cada vez mayor su debilidad.

—Tengo que convencerme de que puedo llegar hasta el fin —se dijo tratando de autosugestionarse y rechazando la toma del reanimador.

La sombra que ahora se recortaba perfectamente sobre el claroscuro del planeta llegó a la nave y se metió en ella. Su escondrijo era el previsto. ¡El almacén!

Era una cavidad pequeña, pero suficiente para su cuerpo encorvado.

La luz de la nave iluminó un momento su faz semejante a la de Bullich. Un rostro sin piel. Una auténtica llaga viva, igual que su cuerpo desde los pies; todo era como una costra purulenta malsana... La sola mirada a aquel ente causaba pavor.

Una voz surgió en las ondas:

—Estoy en la nave.

Otra voz contestó a través de un extraño transmisor no mayor que una caja para tarjetas de visita: —Excelente. Todo marcha bien.

Adam se dejó caer extenuado. Tenía noción de las cosas, pero no ignoraba que las fuerzas le abandonarían definitivamente de un momento a otro. Decidió tomar el medicamento facilitado por Kolpek.

—Ahora ya no me queda mucho tiempo —se dijo—. ¿Dónde diablos estarán esas condenadas rocas blandas? Esto es un maldito laberinto... Todo parece igual.

Transcurrió algún tiempo. El reanimador había actuado, pero las fuerzas del piloto no eran normales. Obraba bajo los efectos de una droga de duración limitada en aquel ambiente extraño.

Jadeó. Lamentaba que su misión no pudiera ser colmada por el éxito.

—Si fracaso todo se habrá perdido... —Y se sintió desfallecer de nuevo.

Le quedaba sólo una tableta, pero si la tomaba se cerraba el

camino de regreso.

Aún siguió buscando hasta que al cabo de largos e interminables minutos dio un traspié. Trató de apoyarse en una roca y entonces...

Su mano se hundió ligeramente en la superficie de apariencia granítica:

— ¡Aquí es! —exclamó.

Pareció que el descubrimiento le hacía recobrar las fuerzas. Palpó con furia para comprobar que toda la superficie era de un material gomoso.

Sacó el cuchillo que llevaba consiguió y trató de hundirlo en la falsa roca. No pudo. Era más dura de lo que pensaba. Por ello lo empuñó con más fuerza y atacó como si lo hiciera contra un enemigo. Aquella vez tuvo suerte y el fuerte pinchazo atravesó el extraño material.

En seguida su sensación de angustia aumentó y comprendió lo que ocurría al observar el vapor que se escapaba por la hendidura practicada.

Tuvo fuerzas para clavar una segunda y hasta una tercera vez el cuchillo en otros lugares.

El vapor aumentó y Adam hurtó la cabeza de aquel vaho, pero en seguida sintió en una de sus manos desnudas una fuerte picazón, al tiempo que empezaba a dolerle.

Corrió para salir de aquella zona que rápidamente iba impregnándose de vapor y al llegar nuevamente al camino de la nave cayó demudado. Ahora su estado de letargo había llegado al máximo y sólo el dolor de la mano izquierda le impedía desmayarse.

Tomó la segunda píldora recetada por Kolpek y aguardó unos segundos.

Los dedos de la mano dañada parecían querer agarrotarse. Era el inicio de una deformación.

— ¡El mismo mal que padecen los que tienen contacto con Bullich! —exclamó.

Consiguió llegar a la nave y rápidamente se aplicó un vendaje.

Necesitaba sentir la mano prieta y untada con una emulsión especial contra quemaduras para resistir el dolor.

Rápidamente pulsó los botones para despegar de aquel lugar. Luego, al traspasar la zona gaseosa, se puso al habla con la base.

—Avisen a Kolpek. Se me deforma una mano. Las rocas blandas desprenden gas. —Miró el detector de contaminación y añadió—: Es la misma proporción que el que envuelve la atmósfera del asteroide. Lo comprobé con el detector de mano.

— ¿Cree que podrá llegar? —le preguntaron.

—*Sí.* Eso espero.

—Ahora atiéndanos, Adam —replicaron de la base—. Compruebe si la puerta del almacén está perfectamente cerrada.

—Comprobado. Lo está.

— ¿A prueba de sonidos?

—Sí. A prueba de sonidos.

—(Bien. No haga nada. No intente nada. Sólo queremos advertirle que no está solo en la nave. — ¿Qué...?

—Tal como habían imaginado Kolpek y usted mismo, alguien se metió en el almacén. Estamos detectándolo desde la base. No podemos verlo, pero puede tratarse de un ser semejante a Bullich. Repetimos. No intente nada, a menos que él trate de atacarle, pero es poco probable...

—Comprendo —repuso Adam mirando hacia atrás.

—Ahora escuche, Adam. Kolpek está aquí y quiere hablarle.

—Le escucho —repuso el piloto.

La voz de Kolpek sonó a través del receptor, para informarle que Galbo había sido atacado.

— ¿Cómo? —inquirió Adam.

—Alguien ha querido ayudarle —repuso Kolpek.

— ¿Ayudarme?

—Sí, Adam. Cuando estábamos hablando, Eva interrumpió para pasarle la llamada de la base, según la cual le informaban que Galbo no estaba y no era cierto. Galbo estaba allí y fue atacado para facilitarle la marcha.

—Pero... ¿quién...?

—Bullich. No cabe duda. Bullich atacó a Galbo para que usted no encontrara obstáculos. Por alguna razón que sólo sospechamos Bullich deseaba que una de nuestras naves llegara al asteroide, posiblemente y ésta es nuestra sospecha, desea ayuda, por esto alguien está en el almacén de la nave y espera poder ayudar a Bullich una vez aquí.

— ¿No han conseguido localizarle? —preguntó Adam. —No. Es posible que su forma actual no despierte sospechas entre la gente. Esta es su ventaja hasta que logremos descubrirle.

Tras un silencio Adam preguntó:

— ¿Y cómo está Galbo?

—Mal por supuesto... Nos falta el antídoto y no fue robado por casualidad. Ese puede ser el plan de esta gente, aniquilarnos a todos. Bullich se hizo con los documentos de Giscard...

—Esto supondría que estaba rondando la casa cuando nosotros estábamos en casa de Giscard tratando de abrir la caja.

—Sí. Nos está espiando de cerca.

Se hizo una pausa. Adam hizo un gesto de dolor por la mano herida, pero seguía pensando, pensando...

— ¡Profesor! Escuche... la zona estaba vigilada. No había ningún sospechoso cerca de la casa de Giscard.

—<Sí —asintió Kolpek—. Eso es cierto y ha sido comprobado. No había nadie... Excepto Bullich.

—Pero... ¿dónde estaba, profesor?

—Nadie lo sabe.

Nadie lo sabía, pero ¡estaba allí!

Y a medida que la nave se aproximaba a la base de Adam fue

pensando en algo que hasta entonces no se le había ocurrido.

Revivió la escena en que buscaban los papeles, intentaban abrir la caja y...

—Sí. Tal vez... Era casi increíble, pero no podía desestimarse aquella posibilidad.

El aguante de que había hecho gala hasta aquellos momentos había llegado al límite. El dolor de la mano, la sensación de ahogo...

— ¿Qué tal sigue? —preguntó la voz de Kolpek—. Le estamos viendo por la pantalla. Tiene mal aspecto, Adam.

—Aguantaré, profesor. Aguantaré, pero estén prevenidos. Me encuentro mal, esa es la verdad.

Lo tenía todo controlado, pero cada segundo que pasaba aumentaba su angustia. Una falsa maniobra al llegar y todo se perdería. Ya no era su propia vida lo que importaba sino todo lo demás, el material, y lo que había estado pensando.

—Profesor... Escuche... Creo que ya sé quién es Bullich...

Pero no pudo concluir. Le costaba hablar, se le trababa la lengua como si un diablo en el cuerpo se hubiese posesionado de su voluntad.

Se desmayó.

Alguien desde la base gritó:

—Está desvanecido. Y no podemos controlar esa clase de naves desde aquí.

— ¡Inténtelo todo! —exclamó el profesor Kolpek.

—Es inútil y se está acercando muy de prisa.

— ¡Emergencia, emergencia! Los servicios de socorro preparados. —Y empezó a sonar la alarma por toda la base.

CAPÍTULO XIX

— ¡Ahí está! —exclamó uno de los vigías mirando hacia el espacio.

La luz de la nave se aproximaba velozmente. En pocos momentos llegaría a la base.

Desde los puestos de mando intentaban tomar el control.

—Debió tomar otro modelo. Con éste no podemos hacer nada. Se va a estrellar.

En breves segundos la nave estuvo encima mismo de la base. Ya no había nada que hacer.

Pero en los mandos del bólido, Adam en su desmayo seguía aferrado a la palanca. No estaba del todo inconsciente. Su cuerpo lacio, relajado, aún podía moverse y su mente, aunque remotamente, coordinaba... La sensación de peligro inminente el piloto la veía con toda claridad.

Con un esfuerzo supremo pulsó la palanca idónea y tocó los botones del aterrizaje.

— ¡Está maniobrando! —exclamó el controlador de la base.

- en seguida se pusieron al habla con él.

- — ¡Adam, Adam! Tiene sólo quince segundos. Aprovéchelos... Manipule el dispositivo de emergencia. Rápido. Todavía es posible evitar el choque.Adam oía, pero sus movimientos resultaban exasperantes lentos, aun contra su voluntad.

- la nave avanzaba.

- La mano derecha del piloto se movió torpemente hacia el dispositivo de emergencia. Le faltaban las fuerzas para apretar, pero concentró toda su voluntad en ello. — ¡Ya! —exclamó alguien.La velocidad de la nave se interrumpió y quedó como suspendida en el aire para iniciar seguidamente un descenso lento.Adam comprendió que si obraba con presteza estaría salvado. Tuvo que hacer un último esfuerzo.Al fin la nave se posó sobre la superficie, pero Adam estaba inconsciente por completo.

- * * *
-
- Despertó en el hospital. Despertó pero sólo por breves segundos. La inconsciencia le envolvió de nuevo. Tuvo pesadillas, deliró, pero fue el suyo un delirio interior, porque en su subconsciente sólo se repetía la última escena en casa de Giscard... poco antes de que Bullich robara las fórmulas del antídoto...Y entretanto...En el laboratorio oficial todo estaba en marcha como en plena jornada de labor.El gas era examinado igual que los productos pétreos que Adam había traído del asteroide. Sólo conociendo la naturaleza de aquellos gases venenosos se podría establecer el contraveneno, pero quizá tardaría tiempo, días, semanas...La nave seguía en el punto donde Adam la había hecho aterrizar. Se hallaba perfectamente custodiada por la vigilancia de la base. "Nadie" había podido salir, por lo que el ser que había viajado de polizón desde el asteroide seguía dentro.En aquellos momentos se estaba debatiendo la forma de proceder.—Lo ideal sería dejarle salir. Ese individuo, si nuestras sospechas son ciertas, tienen que reunirse con Bullich. Sólo con seguirle sabríamos dónde se esconde y a quién debemos aniquilar. Mientras no conozcamos la identidad de Bullich seguiremos en peligro —Decía el Jefe Superior de Seguridad.Kolpek se oponía:—Cualquier fallo supondría aumentar el peligro. Imaginen, señores, que el nuevo Bullich les ataca. Esto significaría más muertes, aumento del pánico y la posibilidad de que pudiera reunirse con su compañero. No olviden que Bullich primero, y permítanme llamarle así, conoce el modo de practicar la intervención necesaria para que su nuevo compañero pueda pasar inadvertido. No. Mi opinión es que lo mantengan allí, vigilando. De esta forma será Bullich primero quien intente ponerse en contacto con él.— ¿Y cómo sabremos quién es, profesor? ¿Conoce usted acaso su rostro?—No dejen acercarse a nadie. A

nadie absolutamente.— ¿Y si fuera uno de los hombres que trabajan en la base? —preguntó entonces el jefe.El silencio se prolongó. Fue roto por el profesor para decir:—Volveré al hospital. Si Galbo se recupera quizá sepa quién le atacó. Por otra parte está Adam, él iba a decirnos algo antes de perder el conocimiento... Sólo les pido un poco de tiempo.—Media hora, profesor. No más. Si en ese tiempo no puede darnos la identidad de Bullich, obraremos de acuerdo con mi plan.—De acuerdo...

- * * *
-
- En aquellos momentos unas manos medianamente cuidadas cerraron el contacto de la pequeña cajita por la que había llegado a través de las ondas la conversación entre Kolpek y el Jefe Superior de Seguridad.Las mismas manos seleccionaron rápidamente determinado instrumental quirúrgico, que depositaron seguidamente en un maletín. Una voz profunda murmuró:—Bueno, habrá que sacar al compañero de la nave; por ello hará falta un cambio de aspecto —y una mano maniobró en la pequeña cajita para ponerse en contacto con el ser encerrado en el almacén de la nave.—Hermano, pronto te sacaré de aquí. Necesito algún tiempo. No mucho y cerró el contacto.
- * * *
-
- Kolpek se hallaba en el hospital junto al lecho de Adam protegido por una urna encristalada. Junto al profesor estaba Eva.—Es cuestión de tiempo —murmuró el hombre mirando al paciente.Eva tenía la expresión angustiada.— ¿Se pondrá bien? —Espero que sí. Hemos podido localizar el virus. La enfermedad no se extenderá y es posible que la fórmula del antídoto llegue pronto a mi poder. En cuanto se recupere hablará... Creo que tiene alguna idea sobre quién es Bullich. Bueno. De momento nada podemos hacer aquí. Venga, aguarde en mi despacho. Yo iré a ver a Galbo. Ese sí que está peor.Una sombra se deslizaba cerca del hospital. Cualquiera que se cruzara con aquella persona no hubiera observado nada extraño en ella. Tenía la apariencia normal, humilde incluso. Tan humilde como...

-
- **CAPÍTULO XX**
- El subconsciente de Adam trabajaba intensamente. Repetía una y otra vez el momento en que él y Eva buscaron por el sótano de la casa de Giscard, la llegada de Doria, la encargada de la limpieza. Ella les dijo que en la pared del comodín estaba

la caja. Una caja que no pudo abrirse y que les obligó a ausentarse de la casa en busca de un control remoto para poder abrirla.Pero... ¿qué ocurrió entretanto?La vigilancia aseguró que nadie había entrado en la casa, ni por la puerta principal ni por la terraza.No había nadie. Nadie excepto...¡Doria!

- alguien tenía prisa en alejarles de la casa, porque Adam hubiese permanecido allí hasta encontrar lo que buscaba.
- fue Doria la que les indicó el escondrijo... ¿Sabía Doria que no podrían abrirlo?

- Seguramente lo sabía, por eso les facilitó la tarea: —Ese es el comodín —dijo la encargada de la limpieza. Un comodín que jamás podrían abrir, y por eso se apresuraron a ir en busca de lo necesario.
- Pero lo "necesario" para abrir la caja lo tenía Bullich en su poder. Bullich bajo el aspecto de Doria.
- * * *
-

- Doria avanzaba por un corredor del hospital. A una encargada de la limpieza raras veces se le pregunta adonde va, se da por sabido.

- Con un cubo en la mano y unos trapos caminaba tranquilamente cruzándose con enfermeros o practicantes.Bajo los trapos que cubrían el cubo se hallaba el maletín que poco antes había sido cuidadosamente equipado.

- Doria llegó tranquilamente hasta el despacho del profesor Kolpek, donde se hallaba Eva.

- Eva, sin embargo, se hallaba en la salita contigua, y Doria entró por la otra puerta que comunicaba directamente con el despacho.Al oír ruido Eva salió y murmuró:—Profesor... —Vio a la mujer y guardó silencio, pero en seguida la reconoció—. ¡Oh! Es usted.—Qué casualidad, ¿verdad? —murmuró Doria.—No sabía que cuidara de la limpieza del hospital.—Bueno. A veces. ¿Está el profesor?—No. No. Bueno, atiende a los enfermos. Adam, usted lo conoce...— ¡Oh, sí! Estaba con usted en casa del doctor Giscard. Sí. Bueno, ya volveré. No quiero molestar. —Si tiene que limpiar... —empezó la muchacha. —No. No. Yo...Dudó, en el momento en que se abría la puerta para dejar paso a Kolpek.— ¿Qué? ¿Qué desea usted? —inquirió el atareado profesor al ver a la mujer.Doria miró hacia Eva y

murmuró:—Acérquese, tengo algo que decirles a los dos. Es importante. Quizá pueda ayudarles...En ese instante y en su habitación del hospital, Adam despertó sacudido por algo imprevisible. Tras el largo letargo su somnolencia se había desvanecido; y obsesionado por la idea de exponer sus fundadas sospechas gritó: — ¡Profesor! —Lo hizo instintivamente, aun antes de darse cuenta de que se hallaba en el hospital.Cuando tuvo conciencia del lugar donde se hallaba, buscó la forma de pulsar el botón para pedir que alguien viniera. La especie de urna encristalada en que se hallaba metido se lo impidió. Se revolvió en su cama y observó su mano y parte del brazo vendados. No le dolía, pero recordó súbitamente lo ocurrido, el vuelo, el escozor, el vaho del asteroide... Pero recordó sobre todo a Doria.— ¡Doria! ¡Es Doria! ¡Tiene que vigilar a esta mujer!Demasiado tarde, porque Eva estaba ya junto a Doria esperando oír algún sensacional descubrimiento, pero lo que hizo Doria no fue hablar precisamente, sino actuar, de forma rápida.Sacó algo del bolso. Algo parecido a una porra que descargó de revés contra el rostro de la muchacha.— ¿Qué...? —empezó Kolpek, pero Doria se revolvió golpeándolo con saña. El profesor trató de sacudirse el ataque, pero Doria le golpeó de nuevo en las partes vitales y Kolpek acabó a merced de su atacante que rápidamente le propinó el golpe definitivo para dejarlo fuera de combate.Con manos hábiles extrajo una aguja hipodérmica de entre el instrumental del maletín y se la aplicó sin despojarlo de sus ropas. En pocos instantes Kolpek quedó sumido en una total laxitud.Eva, menos golpeada, comenzó a removerse. Doris sacó un arma del maletín y la encañonó.— Cuidado —dijo y no hizo nada por disimular su voz hombruna. Eva se repuso lentamente bajo la amenaza del arma.— ¿Quién..., quién es usted? —logró balbucir.— ¿No lo adivinas? Una vez me confundiste con tu querido Giscard, pero esa faz me comprometía demasiado. Una encargada de la limpieza despierta menos sospechas..., pero necesito sacar a alguien de la nave y ello requiere otro rostro... Lo ideal sería adoptar el del Jefe Superior de Seguridad, pero es arriesgado. De Kolpek no sospechará nadie...—Bullich! —exclamó ella.—Sí. Y lo siento. Siento que estés aquí. Me bastaba con el profesor, pero ahora sabes demasiado y no puedo perder tiempo.Adam había conseguido librarse de la urna y ya no se contentó con llamar al timbre. Quería hablar de prisa con el profesor, como si presintiera que cada segundo era preciso.Bullich hizo ademán de pulsar la palanca del arma.—Serías un estorbo, Eva... Particularmente no me molestas, pero no hago más que

anticipar tu fin. Este planeta está condenado. No habrá vida para los de tu raza. Poco a poco nos iremos posesionando de él. Lo necesitamos para nuestra supervivencia... No te importe morir ahora. Todos, todos morirán de un modo u otro. Será una evolución, ocurre en todas las razas. Vosotros lo llamáis mutaciones. ¿Qué más da?Hizo una pausa para acercarse a una puerta y cerrarla por dentro. Luego se dirigió a la otra para cerrarla igualmente.—Ya nadie podrá molestarme mientras trabajo... Poco a poco iremos siendo más... Ahora ya sabemos pilotar vuestras naves. Mi compañero o yo volveremos a Koreo y traeremos más gente. Necesitaba sólo un compañero. ¿Sabes? A uno solo para que me ayudara. Con el rostro de un piloto hará viajes y más viajes e iremos siendo más... hasta que todos los puestos importantes de la base, del gobierno, etcétera, estén ocupados por los de mi raza. Entonces tendremos ya construida una nave y muchas naves para transportar al resto de hermanos que viven en un mundo ya imposible... Luego pasarán los años, los siglos según vuestras cuentas y este planeta será habitado totalmente por la raza... Siempre ocurre lo mismo. En la historia del cosmos todo se repite... Primero un planeta, después otro. Primero una raza, después otra. Lo que cuesta es dar el primer paso, introducirse... Claro que se necesita un largo estudio, una tenaz observación y esperar la oportunidad.Y obrar en consecuencia. Nuestros aparatos nos han permitido detectar vuestras habilidades, vuestros conocimientos. El resto ya lo sabes. Aparezco yo, Bullich. Un agente especial como lo llamaríais vosotros y empiezo mi trabajo. La técnica de Giscard era buena. Luego todo es fácil. Tenemos un liquen especial en nuestra naturaleza, algo que nos es de gran utilidad para poder transformarnos. Sólo se necesita realizar una pequeña operación a la persona elegida. Es imprescindible... Y nada más tengo que decirte, Eva. Lástima, lástima que no puedas informar... Habéis andado como locos buscándome y...Se interrumpió por los golpes a la puerta y la voz de Adam.—Profesor.Bullich en su aspecto de Doria se volvió hacia la puerta. Eva comprendió que era su oportunidad y gritó.— ¡Bullich está conmigo!— ¡No! —gritó Doria intentando disparar el arma.Eva se lanzó al suelo y rodó sobre sí misma amparándose tras un diván.Adam, que había oído perfectamente la llamada de auxilio, cargó con todas sus fuerzas contra la puerta y falló en el primer intento.Doria disparó contra la puerta y el balazo corrosivo pasó rozando al piloto que al cargar por segunda vez derribó la hoja de la puerta, yendo a caer sobre Doria que con el fuerte impulso recibido perdió el arma.Adam se incorporó y se encontró frente

a la mujer. Ya no lo dudó.— ¡Sabía que eras tú! —gritó.Por el corredor se oían voces, pasos precipitados. Doria intentó atacar a Adam, pero éste le soltó una patada que le alcanzó de lleno en el bajo vientre. Bullich lanzó una exclamación. Adam, sin dejar escapar la oportunidad, le golpeó lanzándolo contra un mueble.Luego, con la misma arma de Bullich, le dejó sin sentido.Allí había terminado el peligro.

- * * *
-
- En el domicilio de Doria fueron encontrados los documentos buscados. Allí estaba en efecto la vacuna contra la enfermedad del asteroide.La utilidad de aquella fórmula fue refrendada, cuando a las pocas horas, los técnicos diagnosticaron sobre la toxicidad de los gases que Adam había traído del asteroide.Kolpek, ya repuesto, examinó los datos y murmuró:—La vacuna de Giscard es buena, pero necesita de algunas modificaciones para hacerla realmente efectiva... Adam. Su concurso ha sido inapreciable. Los habitantes de este planeta nunca sabrán el auténtico valor de sus servicios. Su viaje al espacio debería quedar inscrito en los anales de nuestra historia. —Y su oportuna intervención, profesor... Cuando Doria... Bullich pretendía operarle a usted y matarme a mí...Kolpek sonrió.—Sí. Efectivamente ha tenido el don de la oportunidad en todo, Adam. Le felicito una vez más. Ya lo harán de un modo oficial sus jefes... Por cierto con la vacuna de Giscard podremos detener el proceso de la enfermedad de Galbo. Y una vez mejorado saldrá de peligro...—Me alegro, profesor.—Ande, vaya... Le están esperando para rendirle un homenaje, que seguro será menos de lo que usted merece.

-

EPILOGO

- Es obvio consignar que, con las debidas precauciones, el compañero de Bullich fue sacado de su escondrijo y debidamente escoltado pasó a reunirse con Bullich, pero no del modo que ellos querían.Ambos permanecían en el hospital para una posterior observación, pero ocurrió algo...Necesitaban alimentos y prevista esta circunstancia se les administró antídoto a la enfermedad que contagiaban, para evitar todo peligro, pero a la segunda toma, uno de los vigilantes informó a Kolpek:—Han muerto, señor. No soportan la vacuna,— ¿Qué marca tiene el grado de contaminación? —preguntó el profesor. —Cero —fue la respuesta,—Entonces pasó el peligro. Déjenlos en la sala de disección. Habrá que estudiar a fondo esos

cuerpos…

- aquí se cerró el *dossier* del caso.

- La historia continuó por otros derroteros, por lo menos en lo que se refiere a Eva y a Adam.La vieja amistad había cambiado de concepto. Si con Giscard de por medio hubo algún mal entendido todo quedó aclarado cuando Adam le confesó:—Creo que mi único error fue considerarte de siempre como cosa mía. En realidad nunca te confesé que siento por ti algo más que una profunda amistad. Es algo diferente, Eva. Es amor…

- ella, feliz, respondió: —Lo sé. Lo sé…

FIN





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.